

EXCOMUNION lanzada en catalán el año 1764

Para demostrar que catolicismo y clericalismo no se diferencian en nada, por ser la misma cosa, ahí va una Excomunión lanzada por la Iglesia cuando no había ni liberales, ni republicanos, ni masones, ni libre-pensadores, ni creo que yo publicaba El Motín todavía. En ella se resumen y compendian todos los horrores y monstruosidades concebidos por el catolicismo y cometidos siempre que se lo toleraban:

Sentencia y letras ejecutorias de anatema

Nos D. Manuel Antón de Palmero y Rallo, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Gerona y del Consejo de Su Majestad (que Dios guarde). A nuestros amados hermanos en Jesucristo y reverendos presbíteros, diáconos y subdiáconos de Nuestra Santa Iglesia Catedral y demás iglesias de esta Ciudad y obispado, á que llegue la presente, salud en el Señor.

Sabed, que á instancias del venerable Procurador Fiscal de nuestra Curia Eclesiástica, y en el proceso de Inquisición acerca de los robos por algunos mal nacidos, é hijos de perdición eterna perpetrados en la Caja de la Tesorería de los Comunes Depósitos de nuestra dicha Santa Catedral Iglesia, hemos hecho la Provisión, Sentencia y Declaración, que es del tenor siguiente:

Por tanto, en ejecución de nuestra citada Sentencia hemos mandado hacer y expedir las presentes al tenor de las cuales os decimos, y en virtud de Santa obediencia mandamos, que el primer domingo ó fiesta de precepto, después que las presentes os hayan sido presentadas, hagáis congregación al pueblo en vuestras iglesias, y en voz alta é inteligible, como es costumbre, publicéis como excomulgados con sentencia de excomunión mayor, agravadas y reagravadas, malditas y anatematizadas, á todas las personas de cualquier estado, grado ó condición (las cuales se ignoran) que, como malhechores y ladrones, sin temor á Nuestro Señor Dios ni á la justicia temporal y con peligro de sus almas hayan robado para ellos ó para entregar á otros las diferentes sumas ó cantidades de dinero que han faltado en dicha Caja en varias y distintas ocasiones, y en especial desde el día 22 al 24 del mes de Marzo del año 1763, como también á sus autores, cómplices, auxiliares, encubridores; sobre todos ellos caigan las maldiciones que el Real Profeta, dice ó dijo en el Salmo: *Deus laudem meam ne tacueris* cuando contra aquellos que injustamente le perseguían, rogó á Dios, diciendo: «Sujétalos, Señor, y pónlos en manos del demonio que es autor del pecado, y téngalos el diablo bajo su poder y mando, y cuando estén en el juicio salgan condenados, y sea en oración el pecado abominable: sean breves los días de su vida y sufran en sus dignidades posición y honores; queden sus hijos huérfanos y viudas sus mujeres; vayan de un parte á otra sus hijos pidiendo limosna, sean desterrados y abominados de sus tierras, y vayan en manos de sus enemigos; las oigas coman y devoren sus bienes y riquezas y los extraños y enemigos los preñan y le arrebatan lo que con su sudor habrán ganado; y no tengan quien ayude ni quien tenga compasión de sus hijos huérfanos, y en su presencia mueran sus hijos, y en una generación sea borrado su nombre para siempre; y para mayor castigo, vierta Dios Omnipotente sobre su memoria las maldades é iniquidades de sus padres ó antepasados y castigue en ellos los pecados de sus padres, y queden eternamente en ofensa y desgracia ante Dios Omnipotente, y no haya más memoria de ellos sobre la tierra porque no se han acordado de ser misericordiosos, antes bien han perseguido á la Iglesia y al pobre, y al que tenía el corazón afligido le han deseado la muerte y han amado la maldición y han aborrecido la bendición; y ésta se apartará de ellos; las maldiciones sean, pues, en sus vestidos, adornos y herramientas y que ellas entren en sus entrañas como agua y penetren en sus huesos como aceite; socárrelas la maldición las vestiduras con que vayan cubiertos y el cinturón con que vayan ceñidos.

Para siempre sean también malditos de Nuestro Señor Omnipotente, y de la Gloriosa Virgen María, y de San Pedro y San Pablo, y de todos los Santos y Santas del Paraíso; sean malditos en las Ciudades, Villas y Lugares, en los caminos, en las viñas, cuando anden, cuando se sienten, cuando duerman, cuando coman y cuando beban; sean malditos los frutos de sus vientres, de sus tierras y propiedades y sus ganados; malditos sean sus granos; priveles Dios Omnipotente del tesoro de la lluvia y no deje llover sobre sus tierras hasta que desaparezcan; híeralos Dios de podredumbre, de pobreza, de hambre, de frío, de calor, de ardor, de a re corrompido y pestilente, hasta que aborrezcan todo lo que sea bueno; sea el cielo que está encima de ellos, horno encendido y la tierra que pisan brasero de fuego ardiente.

Deles Dios polvo en vez de agua en todas sus tierras y posesiones, y baje fuego del cielo que los queme; póngalos Dios en manos de sus enemigos y sus cuerpos sean pasto de pájaros y bestias; y no haya quien pueda habitar con ellos; híeralos Dios de una plaga incurable. Malditos sean las cabezas, vientres, brazos, huesos, entrañas y todos los demás miembros de sus cuerpos y de tal manera que vengan así á acabar sus días. Híeralos Dios Nuestro Señor de sequía y vayan palpando en las tinieblas, como hacen los ciegos en pleno día; y si edifican casas, que no puedan habitar en ellas; y si plantan viñas, que no las vendimien; y si tienen olivos, no recojan aceite para quemar; véngales tña y muéranseles todos los árboles de sus posesiones y los frutos de aquellos.

Caiga la ira del Señor sobre ellos y el furor del Señor les abra las habitaciones y sus casas sean deshabitadas, y no encuentren quien habite en ellas; véngales mal por mal, é inquietud sobre inquietud; no haya sitio para ellos; sean borrados del libro de la vida y que no sean inscritos en el libro de los bienaventurados. Y finalmente, que sea á partados de la caridad, y amor de Dios y del prójimo y de los Sacramentos de la Iglesia, seales negada toda la gracia de los Santos padres, y de los Angeles, Arcángeles, Profetas, Patriarcas, Apóstoles, Mártires confesores, de las Vírgenes y de todos los Santos y Santas del Paraíso.

Y sean en menosprecio y deshonra de todos los fieles cristianos, y seales denegado el auxilio cotidiano, y la salud de su alma en artículo mortis, hasta tanto que dichos Robos y sacrilegios sean, conforme á justicia, devueltos íntegramente y satisfechos, y hayan merecido y obtenido completa absolución.

Sean las presentes publicadas (en donde por falta de sacerdotes no se pueda practicar el rito abajo indicado) para mayor terror, tocándose funeralmente las campanas, y yendo con el pueblo á la puerta principal de la Iglesia con cruz alzada cubierta de negro, y con cirios negros encendidos, cantando *sub-missa voce* la infrascripta Antífona *in eos iram*, etc., etc., en el citado Salmo: *Deus laudem meam ne tacueris*, etc., y *Eccurgat Deus* etc., y después apagaran los cirios, los tirarán al suelo y los pisarán, lanzando también piedra en señal de que les venga la maldición eterna que Nuestro Señor dió á Coré, Datán, y Abiron, á los cuales la tierra no los pudo sustentar, antes bien, por justo juicio de Dios los absorbió, para que vivos en cuerpo y alma, bajasen á lo más profundo del infierno.

En fe de todo lo cual, hemos mandado expedir y expedir las presentes firmadas de nuestra mano y selladas con el sello de nuestra Curia Eclesiástica.

Dado en Gerona á los 23 de Marzo de 1764.—Manuel, obispo de Gerona.—Lugar del sello.—Por mandato de Su Ilma. mi Señor, Domingo Buscons, Notario Apostólico, Escribano de la Curia Eclesiástica, he expedido las presentes.

Esa multitud de monstruosidades sangui-narias, leídas á las puertas de los templos, con la cruz alzada cubierta de paños negros, tirando al suelo cirios negros encendidos y pisándolos furiosamente, mezclándose los cánticos fúnebres de los tíos aquellos con el toque funeral de las campanas... Les digo á ustedes que sería un espectáculo horriblemente espeluznante.

Y en esta ocasión ¿por qué esas tremendas evocaciones, esos gritos de rabia, esas amenazas formidables, esos anatemas terribles en que intervienen el Purgatorio, el Infierno, ¿hasta la Biblia?... Porque á nos ciudadanos católicos (clérigos seguramente, cuando no se preocuparon por aquello), se habían alzado con unos céntimos de la catedral.

¿Qué por qué obraba así la Iglesia? Porque no podía obrar de otro modo; porque eso constituye su espíritu, su esencia.

Hoy, es verdad, no quema á los hombres, porque no se le consentiría, ni lanza esas excomuniones, porque nos burlaríamos; pero persigue y alcanza los mismos fines por procedimientos diferentes: hoy aísla al que no se le somete, privándole de todos los medios de vida, hasta que se muere de hambre; hoy lo pone en el potro de la infamia auxiliado por la calumnia; hoy lo sepulta en presidio apoyándose en unos artículos absurdos del Código penal; y hoy, si la ocasión se le presenta, lo fusila. El resultado es igual; únicamente la forma ha variado. Y los gritos y maldiciones que hoy lanza, son el eco de aquellos que figuran en esa excomunión.

Y siendo esto así, hay que combatir siempre á cuantos halaguen, fomenten ó transijan con ese espíritu entenebrecido, inhumano, cruel... Si creen en él, por su inferioridad mental; y si no creen, por farsantes é hipócritas.

Hipócritas y farsantes que quedarían al descubierto, si se les obligase á emplear la palabra catolicismo en vez de la de clericalismo. Sólo con esto enmudecerían como por encanto muchos furiosos anticlericales.

Para la Historia

Levantada en Barcelona la suspensión de las garantías constitucionales, puede hablar ya la prensa republicana, puede referir la crueldad, la barbarie, el salvajismo de esa horrible inquisición de Maura, que con afrenta del nombre español y ultrajando los sentimientos de humanidad y justicia ha funcionado por espacio de tres meses en la hermosa capital del principado.

En los presentes tiempos no se concibe nada tan infame, tan monstruoso, tan anticristiano; no se concibe cómo ha podido resucitar la barbarie de los emperadores monstruos juntamente con la crueldad de Torquemada y de Simón de Montfort.

Un párrafo, un solo párrafo de un periódico barcelonés, que á continuación reproducimos, basta para formar juicio, para condenar y maldecir á ese político funesto que es el oprobio de su patria y de su raza:

«Cuando horrorizados por la campaña cruel é inhumana que hacía toda la prensa reaccionaria, en un desenfreno, como en una orgía, pidiendo víctimas y víctimas, recomendando la delación, rompiendo con el secreto de las sumarias; cuando se pedía á voz en grito la muerte, el encarcelamiento, el castigo, el destierro la miseria para todos cuantos resultaran sospechosos, no de haber intervenido, sino de haber visto con simpatía los sucesos de Julio; cuando nos atrevimos á pedir piedad—ya no justicia—para los vencidos y para los condenados, con una cruz tan grande como San Cristóbal, trazada por el lápiz rojo, se contestó al artículo en que hacíamos nuestra piadosa petición.

Se podía pedir indulto para el reo condenado á muerte que hubiese degollado á sus hijos; se podía solicitar indulto para el reo condenado que hubiese arrancado el corazón á su madre. ¿No se podía pedir un poco de piedad para cuantos obcecados ó tontos a los (ya hablaremos de esto) que tuvieron la desdicha de haber fumado un cigarro al pie de una barricada?

La prohibición de pedir piedad, de pedir misericordia, de pedir perdón, de pedir clemencia para los vencidos, para los encarcelados, para los condenados que tomaron parte más ó menos activa en la revolución fracasada, ¿no rebasa los límites de la tiranía, de la crueldad más desenfrenada?

¿Y Maura es cristiano? ¿Y Maura blasona de cristiano? ¿Y Maura se muestra ofendido por la protesta del mundo civilizado contra esa política digna de Nerón?

¿Dónde se ha prohibido, en estos tiempos, pedir compasión, pedir perdón para ninguna especie de delinquentes, aun tratándose de los más feroces? ¿En qué pueblo cristiano se ha prohibido rendir culto al Evangelio, practicar sus más hermosas máximas? Sembrante monstruosidad estaba reservada al piadoso Maura, al clerical Maura, al vaticanista Maura, á él y á sus viles instrumentos encargados de la censura cuando la autoridad militar dejó de ejercerla.

No hubiera, no, estamos seguros de ello, la censura militar llegado á esos extremos. El valor, la nobleza, la hidalguía, tienen corazon, y para prohibir lo que Maura y sus esbirros prohibieron es preciso no tenerlo.

Cántense, cántense himnos á Maura, á sus condiciones de gobernante, á sus grandes aptitudes, á la rectitud de su conciencia.

Aquí está, aquí está ese párrafo que inapelablemente le condena, que marca su frente con el estigma de una crueldad monstruosa, digna de la pluma de un Suetonio.

Y basta eso para inhabilitarle, por decoro patrio, por humanidad, por pudor.

Quien prohibió pedir clemencia, pedir perdón, pedir misericordia, pedir compasión para los caídos, para los condenados, podrá ser perdonado, pero nunca jamás gobernar á un pueblo, aunque sea el pueblo español.

Un monstruo así es un anacronismo, un caso patológico como Nerón.

EL MERCANTIL VALENCIANO

LOS SECTARIOS

Para los seres vulgares, normales, equilibrados, que crecen y se multiplican en las imperantes mesocracias, un sectario es

siempre un sér inferior, de una extraordinaria limitación mental. El monoideísmo pasional que caracteriza á la secta es para las gentes mediocres, escépticas y apáticas, cosa del alma plebeya. Recuerdo una reunión á la que asistían muy honorables burgueses del género «intelectual». Se suscitó una vez discusión acerca de una tontería como ésta: ¿cuál es el hombre más grande que produjo la Humanidad? Cada cual emitió su voto. Uno citó al penetrante, agudo, implacable crítico de Koenigsberg. Otro citó al gran pagano. Tuvieron también sufragios Shakespeare, Cervantes, Voltaire. Yo, que los amo á todos, incluso al frío, impasible Kant, dije tímidamente un nombre. Sobre él, y por consiguiente sobre mí, cayó una lluvia de desdenes. ¡Un sectario! ¡Un agitador! No cabía duda: yo era un ingenio, un sentimental.

La equivocada idea que se tiene del sectario, el estúpido desprecio con que pretenden abrumar á cuando os mostráis enamorados de algún grande hombre de acción—vosotros, que creéis que nada hay más hermoso que la voluntad—dependen: primero, de la escasa atención inteligente y afectuosa que se presta á los fenómenos sociales; segundo, de los errores propagados por la moderna psicología colectiva, á la cual se deben creaciones tan indignas de la ciencia como los libros de Le Bon, evangelio de no pocos superhombres.

La verdad es que hay sectarios y sectarios. Y cuando los sectarios son como el mío, son dignos de todos nuestros amores. Al lado de ellos se empuñan los pensadores más grandes: Kant, el del sánete de la *Crítica de la razón práctica*, como diría Heine; Schelling, el apóstata; Hegel, el filósofo *di camera*; Schopenhauer, el mixtificador del cuento admirable de Guy de Maupassant.

El sectario es ante todo una víctima del dolor social. Sin la injusticia, sin la maldad, sin el contraste doloroso de las recompensas y de los méritos, no existiría el sectarismo. El alma del sectario se rebela contra todo lo bajo é innoble. Es un alma de ideal.

A menudo el sectario es, en lo físico, un hermoso ejemplar de la especie. «En los reos políticos—dice Lombroso—se exageran los rasgos más nobles. Falta en ellos toda huella degenerativa. De sesenta mártires políticos pintados por D'Aiata, veintiséis son de fisonomía bellísima y armónica. De treinta nihilistas célebres, diez y ocho presentan fisonomías bellísimas. De nuestros revolucionarios recordamos las hermosísimas figuras de Dandolo, Poma, Posso, Schiaffino, Fabrizio, Refe, Paolo, etc. La anchura de la frente, la abundancia de la barba, la anchura del cráneo, la mirada suave y serena, hacen de ellos una verdadera familia común, aun cuando pertenezcan á los pueblos y á las regiones más diferentes.» De aquí la extraña fascinación ejercida sobre las mujeres por los grandes sectarios. «No ha habido en la historia—dice Remi—un solo movimiento grandioso que no haya atraído, seducido, fanatizado á la mujer. Jesús pasó la última hora de su vida en la intimidad dulce y serena de mujeres que lo oran devotas.»

Y para el espíritu de los grandes agitadores tiene el doctor Pascual Rossi, en su libro *Místicos y sectarios*, palabras como éstas: «Se siente que ha vibrado en ellos lo más puro y elevado que hay en el hombre, que el ideal que han llevado en su corazón es uno de aquellos que no tendrá nunca realización cumplida. Hombres de otro mundo, perdidos en éste, han sabido sublimar á los humanos elevándolos hasta Dios; han tratado de enjugar todas las lágrimas con el sacrificio de sí mismos, de todo su ser; han pasado entre los hombres bendiciendo y han muerto rodeados de la aureola purísima del martirio. Soñadores divinos, flores brotadas del fango de la naturaleza humana, el tiempo las cibe vagamente su dulce esplendor de leyenda, y los hombres se sienten en su presencia más bellos, más fuertes, mejores. ¡Ojalá su huella no se borre jamás mientras el dolor presida los destinos humanos!»

Sin duda el genio es entre los sectarios, como entre los no sectarios, lo excepcional. La idea única, y la pasión única que en el genio se elevan «sobre una gran complejidad de suerte y una profunda exquisitez de sentimiento, en el sectario vulgar se elevan sobre una desconsoladora vaciedad de la psiquis». Hay pobres sectarios, fanáticos de una idea, materia dispuesta á la sugestión. Pero aun éstos tienen la fe, la fe que todos los grandes sectarios han dejado tras de sí como una inmensa estela de luz.

Hay, sin duda, pobres sectarios. ¿Quién no los ha visto ir besando las huellas del apóstol? Ellos sólo tienen en el corazón una idea. Es la idea que nace, que lucha por imponerse á la vieja sociedad; la semilla santa fecundada por la sangre de los mártires. Es la idea que muere, que después de haber recorrido el mundo triunfante, vuelve á ocultarse en las Catacumbas. Ellos sólo

tienen en el corazón una idea; pero tienen una idea, y la tienen en el corazón. La han hecho carne de su carne en el gran músculo que marca el ritmo de la vida. Por ella llegarán, si es preciso, al crimen, á la locura. Uno de esos pobres sectarios vale más que todos los miserables aventureros, que todos los despreciables escépticos, que todos los seres equilibrados que crecen y se multiplican en las imperantes mesocracias.

Me quedo con mi sectario. El jamás sacrificaría la justicia al favor de un príncipe, como dicen que hizo el gran pagano. El jamás rehusaría su bolsa á un amigo, como cuentan que hizo el de Koenigsberg. El es incapaz de tener dos filosofías, una para fuera y otra para andar por casa. Si; me quedo con mi sectario. La luz de su alma, no sólo ha guiado mi mente en las tinieblas; me ha calentado también el corazón.

ALVARO DE ALBORNOZ

VERDADES

«La Iglesia ha creído conveniente imponer á sus hijos una carga insoportable que no los deja tranquilos un momento.

Apoderada de todas las circunstancias de la vida, las entenebrece, las pone trabas aflictivas y las explota con impuestos onerosos. Ha dificultado el matrimonio con más de veinte impedimentos dispensables sólo á fuerza de dinero, de modo que surgen á cada paso dudas sobre la legitimidad de lo ya hecho, y queda la familia en grave inseguridad ó peligro de disolución. En los tribunales eclesiásticos podrían dar cuenta de los horrores que esto produce.

Se apodera de la sepultura para venderla y para prolongar más allá de la muerte los odios religiosos. ¡Oh!, el católico no puede reposar en una tumba, vecina de otra que encierra á un disidente; sus huesos no descansarían. ¿Y ese suicida que ahí yace, bajo lujoso epitafio? Ese fué dispensado por dinero.

El bautismo, que también vende á precio de tarifa, le sirve para reclamar jurisdicción tributaria y penal sobre niños en la lactancia y menores, aún no dueños de su razón; pero sus cuerpos le pertenecen, no se sabe por qué, pese á los padres, á la familia y al Estado: otro manantial de conflictos... y de dinero.

El sacramento de la confesión le sirve para dividir la familia, introduciendo, por medio de la mujer, la peor de las guerras domésticas, la que todo lo seca, la que ahuyenta á los cónyuges del hogar; ella camino del templo, él en demanda de consuelo á relaciones ilícitas, los hijos á perder el amor á sus padres y el sentimiento de la patria y del hogar en los colegios clericales.

La predicación es otro elemento de discordia. ¡Cuántas veces vuelve la mujer al hogar perturbada, indecisa, cambiada! Es el misionero que la llenó de terrores egoístas y la puso en situación de luchar con su esposo para imponerle el periódico, el partido político, el voto y la dirección de la vida que á la Iglesia conviene.

El ideal absurdo de la perfección celibataria divide á la sociedad católica en dos razas: la de los perfectos de oficio, estériles, egoístas y parásitos; la del vulgo que trabaja, ora y vive como Dios manda; pero debe mantener á la otra raza por quien es, sin embargo, hostigada, saqueada, insultada y despreciada, y debe también rendirle pleitesía.

De ahí más conflictos. El convento necesita carne fresca. Invade el hogar, sugestión al menor, le pinta la vida claustral como un paraíso, excita su egoísmo, ya con promesas dulces, ya con temores de una eternidad en el fuego; infúndele aversión á sus padres para concluir por rebelarlo contra ellos, y al fin se va con su presa, dejando un hogar desolado, destruido en germen otro que habría constituido la víctima, y llevándose una parte, sino la totalidad, del peculio de los padres.

Que se resignen, que enjague esa madre sus lágrimas; son privilegios de la religión (así llaman al monaquismo); Dios se ha llevado lo suyo; ese Dios tan extraño que es omnipotente, pero necesita de nuestra defensa, puede ser perseguido por los malos; se incomoda, se aplaca y se casa con las jovencitas que más falta hacían á sus progenitores. El ejemplo de la Fremiot de Chantal pasando por cima de su hijo atravesado á la puerta del convento, es el bello ideal de la Iglesia. ¿La familia? ¿El matrimonio? Casi un mal necesario, una corrupción permitida, algo despreciable, ¡qué asco!... Que provea de carne el convento, que dé dinero y que calle.

Oprimidos los católicos bajo tan potente masa de creencias é imposiciones bastardas, así es también su moral, ilógica, inestable y perturbadora, como todo lo ilegítimo y contrahecho, como toda la usurpación á los fue-

ros de la naturaleza, de la verdad y de la justicia...

JOSÉ FERRÁNDIZ

La bula "Unam Sanctam"

El ideal del ultramontanismo lo concretó sin ambages ni rodeos Bonifacio VIII en la bula «Unam Sanctam», en la cual se leen estos conceptos: «Creemos y confesamos en una Santa Iglesia Católica y Apóstolica, fuera de la cual no hay salvación. La Iglesia es única; es un solo cuerpo que no tiene más que un jefe, y no dos como un monstruo. Ese único jefe es Jesucristo y el sucesor de San Pedro... Nosotros sabemos por el Evangelio que en esa Iglesia, y bajo su poder, hay dos espadas, la temporal y la espiritual; la una debe ser empleada por la Iglesia y por mano del pontífice; la otra por la Iglesia y por la mano de los reyes y de los guerreros, á las órdenes y con el permiso del Pontífice; siendo preciso que una espada esté sometida á la otra, que la potestad temporal esté sometida á la potestad espiritual; de otro modo no estarían bien ordenadas, y deben estarlo, como lo dice el apóstol... Según el testimonio de la verdad, la potestad espiritual debe instituir á la temporal y juzgarla si se extravía. Negar que los príncipes están sometidos á la Iglesia es admitir dos principios como los maniqueos.»

«En presencia de esa altiva teoría, dice un crítico moderno, ¿qué significa la protesta de Bonifacio, repetida por los ultramontanos sobre que el Papa no intentaba usurpar el poder temporal de los reyes? Ese es un juego de palabras y casi se puede decir que una ironía. Por eso Bonifacio VIII reconocía á los príncipes el ejercicio del poder civil, pero el derecho lo reservaba para el papado.»

Quien lea historia se capacitará de las sangrientas luchas del Pontificado y el Imperio, celoso éste de su soberanía desconocida por aquél. Las modernas democracias, en sus aspiraciones favorables á la soberanía del poder civil, no hacen otra cosa que inspirarse en la resistencia de los emperadores, los reyes y los príncipes á vivir sometidos al Vaticano.

Calor de los corazones

Allá donde termina la dilatada llanura sembrada de blancos caseríos que contemplan desde mi ventana, hay un verde y profundo valle. Por el fondo de aquel valle baja un río hacia la llanura y por la margen de aquel río sube un camino hacia mi aldea.

Junto á mi casa hay otra, abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, á cuya ventana se asoma con frecuencia un hermoso niño que, mientras yo dirijo la vista hacia las llanuras del Ocaso, dirige la suya hacia las montañas del Oriente.

Hace dos días que no he visto aquel niño asomado á la ventana; pero, en cambio, veo que se asoma su madre, contenta y hermosa, y le pregunto:

—¿Dónde está el niño, que no se asoma á la ventana hace dos días?

—Se nos ha escapado á la aldea—me contesta.

Y la vecina se retira de su ventana, y yo sigo asomado á la mía, mirando á la llanura y pensando en el niño con los ojos poco menos que arrasados en lágrimas, porque la fuga de aquel niño es para enternecer corazones más duros que el que Dios me ha dado.

Tras de las montañas hacia donde el niño suele dirigir la vista desde su ventana, hay una pobre aldea escondida, como la mía, entre castaños y nogales.

Apenas nació el niño, su madre, temerosa de ajar su propia hermosura si alimentaba á sus pechos al concebido en sus entrañas, se lo entregó á una pobre aldeana para que lo alimentara por un mezquino salario.

Y el niño, que había nacido en una casa abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, fué á vivir á una pobre casa de aldea donde penetraban por todas partes el viento y la lluvia.

La pobre aldeana, así que tocaron su seno los labios de aquel ángel, le dió el dulce nombre de hijo, y sonrió de santa alegría cuando vió que el niño crecía y tomaba el color de la rosa al calor de su seno; y se estremeció de gozo y de amor cuando oyó que el niño arrojado del regazo materno le daba el dulce nombre de madre.

El niño fué creciendo, hermoso y feliz, á la sombra de los castaños y nogales de la aldea, donde había un hombre y una mujer que le llamaban hijo, y unos niños que le llamaban hermano, y unos corazones que se entristecían cuando él estaba triste y se alegraban cuando él estaba alegre.

Y la pobre aldeana, aunque con grandes penas adquiría el pan para su familia, no se atrevía ya á venir á la villa á recibir un puñado de duros de la rica y hermosa señora que vive junto á mi casa, porque temía volver llorando á la aldea con la noticia de que le iban á quitar á su hijo.

Y cuando en las melancólicas tardes de otoño ella y su hijo adoptivo trepaban á la montaña á recoger el fruto de los castaños, y allá abajo, allá abajo, en el fondo del valle, veía las torres de la opulenta villa, el hijo y la madre se miraban llorando y se abrazaban.

Y al fin, á la pobre aldeana le quitaron el hijo, por más que ella y su marido y sus hijos lloraron y pidieron de rodillas á la rica señora que vive junto á mi casa que tuviese misericordia de ellos y no llenase de desconsuelo su hogar.

En una pobre aldea, escondida como la mía entre castaños y nogales, hay un hogar donde una mujer y un hombre y unos niños hablan á todas horas, con lágrimas en los ojos, de un niño ausente; y se asoman á la ventana á ver si lo ven venir; y cuando le ven llegar por la arboleda, lanzan un grito de alegría, corren á su encuentro y le besan y le abrazan; y la pobre mujer llora y le llama hijo de su alma, y le enjuga con el delantal el sudor de la frente, y mira si trae los pies mojados, y le abotona la chaquetilla para que no se quede frío, y echa leña en el hogar para que se caliente, y le hace merendar suponiendo que llegará muerto de hambre.

Y cuando le pregunta al niño por qué le gusta más que la casa de la villa la casa de la aldea, contesta:

—Porque en la villa tengo mucho frío. ¡Ay calorito de los corazones, cuánto más vales que el de las alfombras y las estufas!

ANTONIO DE TRUEBA

El baile y la novena

«Miren ustedes, nos decía la marquesa después de un almuerzo succulento que habíamos saboreado en la *serre* del jardín; yo á mis hijas las dejo cierta libertad, pues estoy convencida de que la libertad prudente es mejor guardadora de las muchachas que todas las precauciones. Y esto lo sé por experiencia propia.»

—Pues, ¿cómo?—dijo no sé quién.

—Por lo que van ustedes á oír.

Mi madre me tuvo siempre sumamente sujeta y encerrada. Raras veces me llevaba al teatro, y eso después de haber preguntado á alguna persona que la mereciera entero crédito si en las funciones que habíamos de ver se atentaba en lo más mínimo á la moral y las costumbres.

A bailes y reuniones no me llevaba nunca, pues decía que eran verdaderas invenciones del demonio para pervertir á la juventud.

Nuestras salidas de casa eran casi siempre para ir á la iglesia. ¡Me di un atracón de novenas, triduos y solemnidades!

Sobre todo no perdíamos ninguno de los sermones que predicaban los jesuitas. Yo me aburría soberanamente, pues siempre he respetado la religión, pero no he podido con esas oraciones que se hacen á coro, con voz de nariz y á compás.

Los sermones de los jesuitas, que á mi madre le entusiasman, por más de que frecuentemente al terminarse la tenía que despertar para irnos á casa, á mí me parecían un conjunto de vulgaridades y fanatismos.

Muchas veces me pregunté entonces: «¿por qué tendrán estos padres fama de sabios é inteligentes siendo tan vulgares é ignorantes?»

¡Si vieran ustedes qué sermones tuve que soportar! El milagro que hizo San Roque, logrando que no se acabara nunca el vino de una tinaja; el de San Blas, haciendo que un mudo pronunciara un discurso lleno de verbosidad y de elocuencia; y cosas por el estilo.

En esto llegaron á Madrid una primas mías de Sevilla, que no venían más que á divertirse y paraban en casa. ¡Figúrense ustedes qué conflicto para mi madre! Es de advertir que ya entonces tenía yo relaciones con Carlos.

Pasábamos los grandes ratos para escribirnos y hablarnos. Carlos estaba furioso con las intransigencias de mi madre y su sistemática y decidida oposición á que yo tuviera novio á pesar de haber cumplido los veinticinco años.

Habíamos pensado muchas veces en escaparnos, pero á mí me detenía el temor al qué dirán y á disgustar á aquella pobre señora, buenísima aunque equivocada.

Llegaron, pues, las primas, y lo primero de que hablaron fué de ir á un baile de más-

caras que daba en el Real la Asociación de Escritores y Artistas. «Hay que ir á todo trance, decían ellas, y Pepita tiene que venir con nosotras.»

Mi madre, que se moría por hacerse agradable á todo el mundo, y que, á fuer de aristócrata antigua, respetaba mucho los deberes de la hospitalidad, no se opuso tanto como yo esperaba, y empecé á confiar en que por fin vería el baile del Real.

Así fué, en efecto. Nos pusimos unos pañuelos de Manila, unas grandes cofias de lino en la cabeza, y nos fuimos allá acompañadas, por supuesto, de mi madre y dos tíos míos, personas respetabilísimas.

Carlos, avisado por mí del disfraz que llevábamos, se acercó á hablarnos, pero sólo pudo hacerlo de refilón durante brevísimos momentos.

Total; que me aburrí soberanamente, y yo misma di la señal de retirada.

Tenía un sueño horrible.

Carlos tenía un empeño loco en que usáramos algún recurso extremo para casarnos. Decía que debíamos apelar á la fuga para que la misma intransigencia religiosa de mi madre impusiera la boda.

Mis primas quisieron asistir también á algunas funciones religiosas. Llegó la novena de San José y los jesuitas echaron el resto en luces, arañas, flores y colgaduras.

Todo el Madrid elegante asistía por las tardes á la iglesia de los padres de la Compañía. Las apreturas para entrar y salir eran espantosas.

Una tarde, Carlos, que había estado á mi lado durante toda la novena, se acercó á mí oído á la salida y me dijo: «Es necesario decidirse; no podemos vivir así; si no accedes, me pego un tiro, me voy á América, ¡qué sé yo!»

Esto me lo había dicho muchas veces; pero entonces me lo dijo mientras la gente le estrechaba conmigo; percibí su aliento en mi cara; me sentía identificada con él; me daba cuenta como nunca de lo que le quería, de que no podía vivir sin él. No sé lo que pasó por mí, lo que sí sé es que dije á Carlos: «A las dos de la mañana en la puerta de mi jardín.»

Llegamos á la calle. En mí seguía la embriaguez que me había causado aquel abrazo que nos habían impuesto contra mi voluntad los devotos de San José.

Para terminar. Aquella noche me escapé de mi casa. Las cosas sucedieron como habíamos previsto. Llegó el momento del perdón, vino la boda, y mi madre me decía después muchas veces cuando le conté con franqueza lo ocurrido: «Mira, lleva á tus hijas cuando quieras al baile; pero ten mucho cuidado con las novenas.»

Calló la marquesa, y yo pensaba: «Ahí tienen ustedes una narración histórica que parece un cuento impío y demagogo.»

GIL BLAS DE SANTILLANA

El necio y el sabio

Una vez se encontraron dos hombres. Uno preguntó al otro:

—¿Quién eres?

Este contestó:

—Soy un necio; me llaman el trabajador. Ahora dime: ¿quién eres tú?

—Soy—replica el primero—un sabio; los hombres me llaman señor.

—¿En qué te ocupas?

—En enseñar á necios como tú.

—¿Quieres enseñarme?

—Con mucho gusto. Ven conmigo.

El necio fué con el sabio, le condujo ante una pila de ladrillos y maderas.

—Edifícame un gran palacio y una cabaña pequeña—dijo el sabio.

El necio lo hizo, y cuando estuvieron terminados, el sabio le dió algunas monedas diciéndole:

—Yo viviré en el palacio, porque lo he ganado con mi trabajo intelectual. Tú irás á vivir á la cabaña, que es mejor para ti, pues siendo necio no podrías apreciar el mérito artístico del palacio; los clavos de tus zapatos estropearían las ricas alfombras, y puesto que la cabaña me pertenece (ya sabes que la hiciste para mí), es muy justo que me pagues el alquiler por el derecho de vivir en ella.

El necio vivió en la pequeña cabaña y pagó el arrendamiento, diciendo: «¡Qué sabio es! ¡Jamás hubiera yo pensado en construir una cabaña para mí si él no me lo hubiera dicho, y no podría pagar el alquiler si él no me diera un jornal!»

El sabio puso al necio á cavar en una mina, diciéndole:

—Saca carbón de las entrañas de la tierra, y cuando lo haya gastado, te daré las cenizas para que te calientes.

El necio sacó el carbón, y dijo:

—Este hombre, no sólo es sabio, sino

bueno; porque me da las cenizas cuando podría tirarlas.

El sabio dijo al necio:

—Necesito alguien que me vista, me calce, guise para mí, etc. Dame alguno de tus hijos para que me sirvan.

El necio dió sus hijos, diciendo para sí: «Esto es bueno; él los enseñará a ser sabios como hace conmigo, y ellos llegarán algún día a ser caballeros como él.»

Algunos días después el listo dijo al otro: —Como al tomar tus hijos a mi servicio he tenido que aumentar mis gastos, tendrás que conformarte con menos jornal, a fin de que yo pueda pagarles como corresponde.

El simple se rasó un momento la cabeza, pero al fin dijo:

—¡Ah! sí; es necesario que se pague a mis hijos. Consiento; todos tenemos que vivir.

El inteligente le dijo al ignorante:

—Constrúyeme dos escuelas, una grande y otra pequeña, donde se eduquen nuestros hijos.

—¿Por qué—dijo éste—han de ser una grande y otra chica?

Y el otro respondió:

—Porque siendo mis hijos caballeros inteligentes, como yo, necesitan una gran educación para poder desarrollar de un modo conveniente sus facultades intelectuales, y para eso hace falta una escuela grande. Mientras que tus hijos, siendo los de un necio, tendrán que trabajar con sus brazos, como tú, y les bastará con la pequeña. Ahora bien; no debes esperar que se eduque a tus hijos de balde; por ello has de pagar.

Un día se presentó el sabio al necio de muy mal temple y le dijo:

—¿Has estado pensando?

—Sí—contestó el otro.

—No lo permitiré; si vuelves a hacerlo, te impondré un castigo.

—¡Ah!—gritó el simple, soltando las herramientas;—tú mismo te has descubierto. Si fueras tan inteligente como supones, sabrías que es imposible, hasta para los necios como yo, el dejar de pensar alguna vez. Ya te conozco; eres un bribón.

Al día siguiente el esclavo hizo una bandera roja, tomó las armas y se rebeló contra su amo.

El pensar fué el principio de la revolución, a cuyo término aún no hemos llegado.

W. ANDERSEN

FRAGMENTOS DE "ROMA"

«Yo no soy más que un pobre hombre, que tiene necesidad de hablar a Vuestra Santidad de los pobres. ¡Oh!, los pobres, los humildes, que he visto durante dos años en nuestros barrios de París, tan desgraciados, tan dolientes; pequeños que yo iba a recoger en la nieve, pobres angelitos que no habían comido en dos días; mujeres a quienes la tisis minaba, sin pan, sin fuego, en el fondo de los tugurios inmundos; hombres lanzados al arroyo por el paro, cansados de pedir trabajo como se pide una limosna, volviendo a sus tinieblas locos de cólera, con el solo pensamiento de venganza, de dar fuego a la ciudad por los cuatro costados. Y por la noche, la terrible noche, en que en una espantosa habitación vi a una madre que acababa de suicidarse con sus cinco hijos, ella caída sobre un jergón, amamantando al pequeñito, las dos niñas rubias durmiendo su último sueño, los dos muchachos caídos más lejos, uno contra el muro, el otro por tierra, retorcido por un supremo esfuerzo... ¡Oh, Santo Padre! Yo no soy sino su embajador, el enviado de los que sufren y sollozan, el humilde delegado de los humildes que mueren de miseria bajo la execrable dureza, la horrible injusticia social. Traigo a Vuestra Santidad sus lágrimas, pongo a sus pies sus torturas; le hago oír su grito de angustia, como un grito que sube del abismo pidiendo justicia, y, si no se les hace, que el cielo se hunda... ¡Oh, sed bueno, Santo Padre, sed bueno!

Y en esta Roma eterna y resplandeciente ¿no es también la miseria horrorosa? En las semanas que hace que vago al azar a través del famoso polvo de sus ruinas, no hago más que tropezar con males incurables que me han llenado de horror. ¡Ah, tóco lo que se hunde, tóco lo que expira, la agonía de tanta gloria, la horrible melancolía de un mundo que muere de agotamiento y de hambre!... Allí, bajo las ventanas de Vuestra Santidad, he visto un barrio de horror, palacios no acabados, heridos de una herencia maldita, como niños raquíticos que no pueden llegar al término de su crecimiento, palacios en ruina ya, convertidos en refugio de toda la miseria lastimosa de Roma.

Y, como en París, ¡qué población!; doliente, tendida al aire libre, con más impudor aún, toda la plaga social, la llaga devoradora, tolerada y enseñada en su terrible inconsciencia. Familias enteras que viven en

su ociosidad hambrientas, bajo el sol espléndido; los viejos achacosos, los padres esperando que les caiga del cielo un poco de trabajo, los hijos durmiendo entre las hierbas secas, las madres y las hijas en su charla perezosa ajadas antes de tiempo... ¡Oh, Santo Padre, mañana, desde la aurora, abra Vuestra Santidad esta ventana y despierte con su bendición a este gran pueblo infantil que duerme todavía en la ignorancia y en la pobreza; déle el alma que le falta, el alma consciente de la dignidad humana, de la ley necesaria del trabajo, de la vida libre y fraternal, arreglada por la justicia social! Si, haga un pueblo de este montón de desgraciados, cuya excusa es el mucho sufrir en su inteligencia y en su cuerpo, como la bestia que pasa y muere sin saber, sin comprender, y se la hace dar vueltas a golpes.»

Pedro, inmóvil en medio de la ancha plaza, se estremeció en todo su pobre ser anodado. ¡Cómo! ¿Nada más que tres cuartos de hora había estado allá arriba, con el blanco anciano, que acababa de arrancarle toda su alma? Sí, fué la mutilación final, la última creencia arrancada de su cerebro, de su corazón, de su corazón ensangrentado... La experiencia suprema estaba hecha, un mundo se había hundido en él.

Pero una brusca desesperación le acometió, una angustia tan atroz, que desde el fondo del abismo de tinieblas donde estaba, levantó los temblorosos brazos en el vacío y gritó:

—¡No, no; tú no estás aquí, oh, Dios de vida y de amor, oh, Dios de salvación! ¡Ven, aparece, puesto que tus hijos ansían saber quién eres y dónde estás, en lo infinito de los mundos!...

EMILIO ZOLA

EL JESUITISMO

Una de las armas de los jesuitas es el espionaje. Muchos escritores han tratado de examinarle; ninguno ha dado en la clave. Lo han sentido, pero no lo han conocido. Es convicción general eso de la red jesuita, pero nadie la explica, lo cual vamos nosotros a hacer exhibiendo el artificio ignaciano con todos sus medios. Estos pueden dividirse en tres: propios directos, propios indirectos y auxiliares. Hablemos ahora de los primeros.

El centro de información universal está en la casa generalicia de Italia. El general dispone de los siguientes medios, según la Instrucción titulada *De Formula Seribendi*, que se puede ver, entre otros, en el libro *¿Qué mal han hecho los jesuitas?* de José Mariano Riera, (Barcelona, 1846), páginas 159 y siguientes. El número 32 manda formar un *Catálogo de información anual*, en cada una de las casas del Instituto, con las listas «de los que están en sus casas, colegios ó misiones, explicando el nombre ó sobrenombre, patria, edad, fuerzas, tiempo de permanencia en la Compañía, trabajos ó ministerios y grados que haya obtenido.»

Este medio es sumamente previsor. Aunque sean quemados todos los archivos é interceptadas todas las correspondencias, a fin de año el general tiene recompuesto el cuadro de sus soldados, «su ingenio, juicio y prudencia, experiencia en las cosas, aprovechamiento científico, complejidad natural y aptitudes.» Este servicio es anual: es una especie de censo.

Cada medio año los superiores de las casas han de enviar un segundo catálogo suplemento del primero, y el catálogo de las ocupaciones que cada individuo esté desempeñando. El catálogo anual se envía directamente al general; los suplementos y el catálogo semestral, los superiores deben enviarlos al provincial, y éste al general en el mes de Enero, con el suplemento de toda la provincia.

En cada casa hay uno que podríamos llamar *cronista*, que diariamente anota los sucesos. Los prefectos de iglesias, colegios, «de las cosas espirituales, congregaciones y otros por el estilo» deben comunicar al *cronista* los sucesos importantes de sus respectivos departamentos, cada trimestre (número 26). Los rectores escogen lo más notable, y a fin de año lo notifican al provincial. Los provinciales, quitando ó añadiendo aquello que les pareciere, en el mes de Enero de cada año enviarán la historia al general. «Ante todo debe precaverse con toda diligencia, que por ninguna razón EN ESTOS CAPÍTULOS (y en otros); en éstos ya es otra cosa) se hable de cosa alguna perteneciente al Sacramento de la confesión, y que se omita todo aquello que por cualquiera razón requiera secreto, y de cuya narración pudiera en derecho ofenderse alguna persona (número 27.)

Esta carta anual, que no es el catálogo, trata de tres cosas: 1.ª «del aprovechamiento de los nuestros»; 2.ª «de los ministerios de la Compañía para con los prójimos en el púlpito, catequismos, ejercicios espirituales, litigios, confesiones»; y 3.ª «de la fama de la Compañía y de sus contradicciones y de las cosas «nuestras», pero no de nuestros amigos ó de poco interés para «los nuestros».

«Lo que no se pueda publicar por su delicadeza, deberá escribirse aparte.»

Todos los individuos pueden dirigirse al General; pero cuando quieran tratar cosas secretas, lo harán bajo la clave que el General les indique.

Tenemos, pues, que todos los ministerios de los jesuitas sirven para informar al General, incluso el confesionario. Dirán que es falso. Los que hablan en falso son ellos, y los que nos desmientan deben probar la falsedad. Vamos a demostrar que es cierto.

En el número 27 de esta fórmula se dice que nada se diga perteneciente al Sacramento de la Confesión EN ESTOS CAPÍTULOS, ó sean las cartas anuales, ni nada que no pueda publicarse. Se trata, pues, de una excepción «en estos capítulos». *Excusatio non petita, accusatio manifesta*. Esa excepción «en estos capítulos» indica con toda claridad, que en otros capítulos se puede hablar de las cosas de confesión, indicio que se corrobora con cuatro argumentos:

1.º Por lo que dice en el número 30, hablando todavía de estas cartas anuales, á saber: «cuando ocurra alguna cosa digna de mención que no pueda publicarse á todos por alguna causa, escribanlo por separado entera y perfectamente, y en la común narración, ó lo callarán del todo, ó tan sólo tocarán aquello que pueda servir de edificación». Es así, que una de las causas que impiden la publicación, y la principal de ellas, según advierte el número 27, es la confesión sacramental; luego, aun lo que por tal causa debe callarse en estos capítulos, podrá decirse separadamente.

2.º En la rendición de cuentas de conciencia semestral, San Ignacio quiso que á los cuantadantes se les garantizase el secreto sacramental, si así lo pedían. Es así, que actualmente los superiores tienen orden secreta de comunicar lo que por ese medio indaguen, y en la rendición de conciencia puede el superior pedir cuenta á los confesores de las cosas pertenecientes á la confesión; luego separadamente puede anunciar al General los secretos de confesión.

3.º Las consultas de conciencia obligan á secreto casi sacramental. Es así que en la Instrucción «De Liberalismi impugnacione» se manda que el jesuita consultado eleve al superior la consulta de conciencia que se le haga; luego está plenamente probado que la Compañía quebranta el sigilo de conciencia casi sacramental. Lo mismo puede decirse de las consultas de los confesores regios.

4.º La historia comprueba que los jesuitas escriben las confesiones de sus penitentes, cuando los interesa. Esas notas de confesión comunicadas al superior, han sido sorprendidas más de una vez. Testigo excepcional es el arzobispo de Burgos, señor Rodríguez de Arellano, que así lo acredita en su Pastoral titulada *Doctrina de los Expulsos*.

Calcúlese ahora el espionaje que por ese solo medio ejercen sobre la sociedad. Todos los ministerios les sirven, incluso el confesionario; y el que esto niegue sin presentar pruebas, ó es un necio ó un villano que se empeña en no ver la luz, ó en negarla después de verla. Las visitas, misiones, ejercicios y congregaciones, les sirven para este objeto.

Cada penitente de los jesuitas, (Ministerios externos), es, pues, un espía puesto á sus órdenes. Ellos tienen esos espías en las oficinas públicas, en las agencias de negocios, en el comercio y en la Banca. Cada confesionario es un centro de información. Diariamente se anotan los penitentes que allá acuden. Hay jesuitas, que para no perder la cuenta usan reloj contador: otros se sirven, para este oficio, de las cuentas del rosario...

Y aun hay más espías, involuntarios ó no, pero utilísimos, que ya iremos enumerando.

R. M.

La gran carrera

SONETO

A su padre, que fué un honrado obrero, vióle morir muy pobre, y con coraje nos dijo: «Al que le plazca que trabaje; yo he de ser ó político ó torero.»

Por falta de valor, fué lo primero, la adulación usó como lenguaje, ofició de doncella, hizo de paje, y apoyó al que le daba más dinero.

Exploió al poderoso con gran tino, al pobre le robó más descarado, un año fué carlista, otro alfonso; y en vez de ser de todos despreciado, como premio de tanto «desatino» hoy es rico, banquero y diputado.

C. DE LA CRUZ

EL "CLÉRIGO" EN ACCIÓN

(PSICOLOGÍA SOCIAL) (1)

A la excelentísima señora marquesa de Squilache.

Ilustre dama: Presento á sus pies este capítulo. Si S. E. logra que lo lean y mediten todas las mujeres que tratan con el clero, esté cierta que prestará á ellas, á su posteridad, á la patria y á la humanidad, uno de los más grandes servicios de la Cruz-Roja.

Carácter social del clérigo

En el estudio de la actividad clerical de-

(1) Este artículo es continuación del estudio psicológico comenzado en los números de Junio.

demostramos distinguir su actividad interna y su actividad externa, perfectamente separables y separadas. Dejaremos el análisis de la intimidad psico-psíquica para otro artículo; en el presente estudiaremos su actividad exterior, prescindiendo de que esté ó no en armonía con la intimidad.

El carácter del «clérigo» es eminentemente social; en él la individualidad queda negada y destruída. Sus ideas no son suyas, sino de la Iglesia; su moral no es suya, sino eclesiástica; su razón es: «la Iglesia enseña, manda, aconseja»; su personalidad es eclesiástica; él es la Iglesia, la Iglesia es él; no es hombre, carece de razón humana, de libertad humana y de responsabilidad humana: por esto á la ley natural opone la ley eclesiástica; al derecho de gentes, el derecho canónico; á la justicia ordinaria, su *fuerro clerical*. Carece de nación y de patria política; pertenece á la Iglesia católica, que es universal en su derecho y *nómadea en su deber*. ¿Qué es la Iglesia? Antigüamente era el pueblo; después se segmentó. El fiel no pertenece á la Iglesia; la palabra *eclesiástico* no es aplicable al fiel, que es excluido. No basta la fe en la Iglesia para ser *eclesiástico*, como para ser *eclesiástico* no hace falta la fe en la Iglesia. La Iglesia esa es la llamada docente, es decir, la agente, que piensa, quiere, habla, manda, impera, cobra, come, bebe... y no cree; el pueblo no *eclesiástico*, pero fiel, es lo que por sarcasmo llaman *iglesia discente*, ó sea, paciente, que lo escucha todo, lo cree todo, lo obedece todo, lo soporta todo, lo paga todo, y no come, ni bebe, ni digiere, ni piensa: sin voluntad, sin cerebro, sin razón, muda y automática: el *brazo secular* que ara la tierra para que el clérigo lleve los frutos; que construye el templo para teatro clerical y él duerma al sereno; que pasa las cuentas del rosario para dar gusto al clérigo, ó se sacude latigazos con las disciplinas para divertirlo, ó empuña la navaja y el puñal para defenderle y abrirle paso, ó maneja la paleta para construir templos, ó la tea incendiaria para derribarlos, según que el clérigo lo mande. El inconsciente ciego manejado por el consciente como *cáddver*, como *estaca* en manos del bravucón, obligado por *conciencia* á ser siempre inconsciente y á simular la inconsciencia.

Carácter profesional

El clérigo es una profesión; el lego otra profesión. El uno hace profesión de *dominar* y de simular una conciencia perfecta, aunque la tenga vacilante, nula y contraria; el lego hace profesión de obedecer ciegamente, creyendo lo que se le manda creer y ejecutando lo que se le manda ejecutar, por criminal y repugnante que le parezca, sólo porque el clérigo lo manda.

El pueblo lego quiere ser mandado y trata de así; ha hecho profesión de holgazanería mental, como el otro la hace de holgazanería industrial. El lego hace voto de no pensar, de no discutir, de no buscar la verdad, la justicia, ni la moralidad; para ello tiene su ministro; á él le basta creer á su empleador; jura morir en esta fe. Y el clérigo, después de preguntarle: «¿juras creerme?...» le dice á renglón seguido: jura que eres un irracional, que eres un inconsciente, que eres un irresponsable; que yo soy tu ley, tu honor, tu moral, tu religión, tu Dios.»

Estancación del tiempo

Pero sobre este juramento popular, por el cual el pueblo jura ser siempre inconsciente y matar al que trate de sacarle de esta inconsciencia holgazana, el clérigo se encuentra con sus rivales; pertenece al *clero sindicado*, colegiado y organizado. La institución clerical toma aquí otro carácter social. La *holgazanería física* por virtud de la cual dice al pueblo «yo pienso por ti; trabaja tú por mí; créeme, sírveme», se convierte en *holgazanería mental*. El inferior no necesita discutir, ni pensar, ni buscar la verdad, ni formar conciencia; bástale querer y saber lo que le enseña el superior; á su vez éste no necesita trabajar su cerebro; bástale saber y repetir lo que enseñaron los predecesores muertos. Así los vivos no piensan, no discurren, no investigan, no vacilan; creen y ejecutan; su conciencia no es suya, sino la de los muertos; los muertos quieren, sienten, piensan y saben por los vivos y dentro de los vivos. De este modo se verifica la gran frase de Schiller

«...Das ewig Gestrige
Das immer war und immerwiederkehrt...» (1)
el gran pensamiento que Anatole France explica en estos términos: «Los vivos borrarán lo que escribieron los muertos, sin lo cual la voluntad de los que ya no existen se impondría á los que existen aún, y los muertos serían los verdaderos vivos, y los vivos serían los verdaderos muertos.» Esto es el fenómeno que ha inspirado á Blasco Ibáñez el magnífico título de su libro: *Los muertos mandan*, que equivale á decir: «los muertos viven; los vivos están muertos.»

—Así el clérigo resume el carácter social de espacio y de tiempo: él absorbe la conciencia y vida del pueblo y la renuncia en los otros coetáneos y éstos la abdican en los muertos; la inconsciencia universal y perpetua descrita en estas palabras: *semper, ab omnibus, ubique*. Este lema eclesiástico se aplica prácticamente á todas las prostituciones clericales: «ser siempre, en todas

(1) Este ayer eterno, que siempre fué y siempre será y que será ley mañana sólo por haberlo sido hoy...

partes y con todos, dogmatizador, dietador, dominador, seductor, acaparador, tirano, hipócrita, vividor, parásito; con voto perpetuo y universal de ser el blasfemo de la naturaleza, la rémora del progreso, el detractor de la razón y el sostenedor y apóstol de la inconsciencia. Tal es su profesión solemne y consagrada.

Aduana del tiempo

De lo dicho se desprende que el clérigo es realmente el ministro, intermediario y filtro de la ignorancia e inmoralidad de los muertos, convirtiéndolos en moral y ciencia dogmáticas de los vivos. En esta función orgánico-social, el egoísmo clerical, á vuelta de mil artificios, se ha colocado en la puerta del tiempo, comunicando el pasado con el presente, haciéndose dueño del cuerpo y del alma de los difuntos para explotar la piedad herencial de los herederos. Dueño del sepulcro de los cuerpos y del purgatorio de las almas, el clérigo ha puesto aduana al transporte de los afectos del hijo vivo al padre muerto. Para explotar al vivo y dominarle, excitará su vanidad erigiendo panteones y altares y haciendo adorar las reliquias del muerto panegirizando su memoria; ó bien violará el sepulcro, desenterrará el cadáver, lo hará comida de perros y execrable el nombre del difunto excomulgándole de la simpatía y amor de los presentes y venideros. Crea el purgatorio y la piedad, reservándose él la válvula de la piedad y la llave del infierno.

Aduana del espacio

Una vez incomunicada la humanidad viviente con el linaje difunto, el clérigo la incomunica con el espacio. Hace sentir la necesidad espiritual como una necesidad fisiológica. Los sacramentos son funciones fisiopsíquicas de apremiante necesidad. El bautismo es el engendro; la confirmación es el estado de equilibrio y orientación; la eucaristía es el pan y vino vitales; la confesión es la medicina depurativa; la unción es el pasaporte ultramundial; la Orden es la facultad genética; el matrimonio es una medicina. La generación verificada sin la intervención y permiso del clérigo es un acto inmoral, infamante y bestial; con su bendición, toda obscenidad queda velada.

La hipnosis religiosa

Se ha hablado del enfermo imaginario, como se puede hablar del sano imaginario del loco imaginario, del muerto imaginario, del vivo imaginario, del harto imaginario y de la vida y muerte imaginarias. La imaginación en esto es la creencia ó sensación íntima advertida. La hipnología enseña á curar, por la excitación de la creencia de la salud imaginaria, la dolencia real. De igual modo se puede poner enfermo imaginario al sano; y como quiera que lo que cada cual cree sentir aquello es lo único real para él, el sano, cuerdo, y enfermo imaginarios lo están realmente para sí, aunque no lo estén para los demás.

El clérigo usa la fuerza del pasado y del presente para hacer creer al hombre que es pecador desde antes de nacer; le hace sentirse muerto á la gracia para que le pida á él la vida; le hace sentirse enfermo para venderle la medicina; le hace sentirse hambriento para nutrirle en su restaurant; le hace sentir sucia la carne para venderle la legía, y le hace sentirse estéril para propinarle las píldoras de la virilidad. Es toda una vida imaginaria para los otros, pero única para el que la vive. Le despierta el apetito de la verdad y la creencia de que él es su depositario; le instiga á la moral imbuyéndole la creencia de que él es la moral suprema. El tiene la llave de la vida ésta imaginaria y de cada una de sus funciones.

El ministerio filtro

Despiértale el sentido religioso, emigrador de la vida terrenal hacia la vida celestial; impúlsale á volar hacia Dios; pero cuando está en pleno vuelo y salido de la patria, allí sale el caravánero de la aduana ultravioleta, diciendo: «Yo soy el vicario de Dios; yo soy el ministro religioso; toda religión, fuera de la mía, es crimen; todo Dios, fuera del mío, es diablo.» El «clérigo» brahmano llama diablo al Dios cristiano; el clérigo cristiano llama diablo á Buda y á Brahma, á Fo y á Alá; el agustino llama diablo al jesuita; éste llama diablo al agustino; el católico llama diablo al espíritu de Lutero; el protestante llama Antecristo al Papa; habiendo tantos dioses como clérigos rivales, y tantos diablos como dioses contrarios al de cada clérigo.

De este modo queda industrializada la religión, y el ministerio ha pasado á monopolio. Desde este momento, el clérigo dice al hombre: «Soy el ministro de Dios; si no me sirves, no te salvo.» Y dice á Dios: «Soy el ministro del hombre; si no me sirves, no hay culto.»

Ha colocado su aduana en las fronteras de la humanidad palpitante; él juzga á todos y nadie le juzga á él; él es sagrado; todo lo demás es violable. Ni Dios puede comunicar con el hombre ni el hombre con Dios sin su beneplácito.

Ministerio católico clerical

¿Cómo administra el mundo el clérigo católico? Con el contrasentido y el absurdo del tiempo y del espacio. Cristo fué anticlerical y destructor de todo clericalismo; el clérigo católico ha acumulado el rabioso espíritu clerical de todos los cleros. Porque los bonzos tienen conventos, él posee conventos; porque el clero judío cobra diezmos, él cobra diezmos y primicias; ha de cobrar pia de altar, como el clero pagano; ofertas, como los ídolos. Porque Juno tenía vestales, él crea las suyas. Porque el clero de Júpiter se rapaba la cabeza, él se la rapa; porque Brahma lleva tiara de cuatro coronas, el Papa adopta la tiara. El clero romano ha asumido los fueros y privilegios de todos los cleros; es el clérigo máximo y sumo; el señor universal, por quien los reyes reinan y gobiernan los gobiernos; para servirle y adorarlo á él en esta vida y recibir en la otra... el galardón imaginario.

El «clero romano es infalible» como todo clero, y como lo fué siempre el romano. Cristo dice: «No hay más que un precepto: amaos los unos á los otros.» El clero romano le replica: «Mientes; ahí están los veinticinco mil y pico cánones sagrados sancionados por el Dios que tú no conociste.» El clero de Jerusalén y el romano se juntaron para ordenar los preceptos de la Iglesia en nombre del Espíritu Santo. Acordaron cuatro preceptos: todos ellos anulados.

La historia de la moral y derecho católicos, es la historia del absurdo continuo; absurdo de ideas, de máximas, de palabras, de actos y aun de títulos. ¿No sabría á blasfemia encabezar el Evangelio con este título: «Su Santidad Jesús de Nazaret, Sumo Pontífice Máximo...?» ¿No sería otra blasfemia encabezar su sermón de la Montaña con estas frases: «Nos, doctor don Jesús Nazareno, padre de los santísimos, eminencia de los eminentísimos, excelencia de los excelentísimos, del Consejo de Su Majestad Herodes, Senador romano, Quirite y Caballero Gran Cruz de la Orden de César, de la Academia de Atenas, señor de Belén y de Nazaret, Príncipe de Judea... por la gracia de Dios Rey de Israel... y compañero de Barrabás...» ¿Es blasfemar este lenguaje? Así le blasfeman á diario sus vicarios oficial y oficiosamente. Son poder oficial «por la gracia» de Herodes, por ley de Pilatos, por privilegio del César y por decreto del Sacerdote; quitados la gracia de los sucesores de esos caballeros; ¿qué les resta? El celibato de Brahma, la rapacidad de Levi, la hipocresía del fariseo y la pedantería del sacerdote de Júpiter. ¿Dónde está Cristo? Clavado en la infamia; el pecho del «clérigo» pasa á ser el Gólgota perenne y el escarnio perpetuo. Cristo, anticlerical, fué vendido y asesinado por el clero; convertido en pantalla suya, tendrá templos, altares, incienso, orquestas... Todo se lo dará el clero á condición de que le sirva de instrumento ciego, sordo y mudo. El mártir anticlerical será proclamado Dios del clericalismo. Para que el mundo no viese esta horrible profanación, el clero romano ha necesitado dos mil años para hacerla lentamente, suavemente, insensiblemente; dos mil años en los cuales ha transformado en el cerebro europeo el cristianismo verdadero en imaginario, y viceversa. Así el católico jura en nombre del Cristo que le han hecho imaginar, contra el Cristo histórico; y si acaso alguno advierte el cubilete y lo denuncia al pueblo, el Sumo Sacerdote, Pontífice Máximo, Sacerdote como Caifás, Sumo Pontífice como César, con la autoridad del Estado como Herodes y con el poder judicial de Pilatos, fallará que el vindicador de Cristo es el ofensor de Cristo. Su pueblo sentirá su Cristo, el imaginado por él, y confirmará la sentencia; el Cristo muerto, transformado clericalmente, excomulgará al Cristo vivo y volverá á crucificarlo.

Entre Dios y el Hombre

El «clero romano», para poder heredar los fueros políticos del clero judío, ha conservado la Biblia que contiene aquellos fueros. Pero esa Biblia contiene la excomunión del clero. No importa; el clero romano hará insensible esta excomunión, y sabrá hacer efectivos aquellos privilegios.

Este estudio sería inagotable. Busquemos sólo un pasaje, el fundamental de la Humanidad, de la Religión y de la Iglesia, según su propio testimonio. Imaginemos á Dios dictando la Biblia á Moisés, y el comentario que va poniendo el clérigo á sus dictados.

Dios Revisé el universo y lo hallé todo perfecto.

CLÉRIGO Mientes; el universo que has creado es miseria, ruindad, nada...

Dios El hombre no está bien solo; démosle una compañera.

CLÉRIGO ¡Amor! No tolero esta bestialidad. El hombre no puede aceptar sin indecencia esa compañera.

Dios ¡Creced y multiplicaos, y llenad la tierra!

CLÉRIGO ¡Horror! ¡Contaminar la carne virginal con el fango de la lujuria!... Hombres, no le creáis; ese es vuestro seductor; no es multipliquéis como las bestias; vivid solos, como los ángeles.

Dios Cultivarás la tierra y te dará abrojos.

CLÉRIGO ¿Yo?... Ven al jardín del Vaticano, y verás que no hay abrojos ni cultivo yo la tierra. No me envilezco.

Dios Comerás el pan con el sudor de tu frente.

CLÉRIGO Serán los tuyos, no los míos. Yo haré trabajar á los otros, y me comeré, no el pan, sino las tortas.

Dios La tierra es el patrimonio de los hombres.

CLÉRIGO ¡Anarquista! La tierra es de los propietarios.

Dios ¿Quién es ese blasfemo?

CLÉRIGO Yo, el clérigo romano, tu ministro.

Dios ¡Maldito seas! ¡Te abominó! ¡Te execró! ¡Te degradó!

CLÉRIGO ¿Tú á mí?... En previsión te he vuelto ciego, sordo y mudo para los pueblos.

Dios ¿Yo mudo? ¿Yo sordo? ¿Yo ciego? Yo, Dios...

CLÉRIGO Como quieras. Mis pueblos no te conocen á ti, sino á mí. Eres extranjero; tienen fe en mí y no en ti. Si yo se lo digo, te llamarán diablo, y te detestarán como á Lucifer. Si hablas, no te entenderán, y me pedirán que interprete tus palabras, y yo les diré lo contrario... Ya ves... Tú me hiciste ministro para el pueblo; el pueblo me hizo ministro para ti; yo os he hecho mis ministros y mis esclavos á los dos. Yo hago que os insultéis, que os destrucéis y que os blasfeméis; he imaginado un Dios distinto de Ti; éste es el único que conocen mis pueblos. Quedad derribado. Y el alma del Dios imaginario... soy yo; yo soy el espíritu de Dios... ¡Tedeum... Kyrieleyson!

S. PEY ORDEIX

RABIA CLERICAL

El órgano oficioso del obispo de Vich sale furioso, desmintiendo el hecho de que aquel prelado instituyera la nueva Eucaristía brindando el champagne por la muerte de Ferrer, y azuza la canalla clerical contra el Sr. Serra Rafart, autor de la noticia publicada en *El País*.

Ya sabemos lo que valen los mentís episcopales y sabemos también que hay noticias que no se inventan.

Pero al propio tiempo que el periódico niega el brindis episcopal, él en sus columnas está brindando á cada párrafo por las ejecuciones de Montjuich.

Sabiendo que el periódico es trasunto y eco de las ideas y sentimientos del obispo, vamos á proponerle este dilema:

Si Serra es difamador del obispo por suponerle la infamia de brindar en la mesa de comida familiar, resultan infames estos brindis públicos en la mesa de comunión de la prensa católica.

Y si no son infames estos brindis públicos, Serra no difama al obispo por suponerle autor de brindis íntimos y secretos.

Para nosotros, la cosa es bien sencilla: el obispo es el corazón; el periódico es la boca; y Cristo fué, no *El Motín*, quien dijo: *ex abundantia cordis loquuntur os*, ó sea: de la abundancia del palacio episcopal habla la Gaceta del obispo.

Los brindis públicos del periódico de cámara, son eco y reflejo de los de la camarilla.

Si éstos serían una infamia, no lo son menos los otros.

¡Desgraciado!

Un vigilante del Cuerpo de Penales ha muerto de hambre en Murcia, feudo de La Cierva. No es extraño: hace años que allí vienen atrados seis y ocho meses en el cobro de su cortísimo sueldo.

He aquí cómo da cuenta del hecho *La Región de Levante*:

«En la calle de la Gloria, número 58, de esta ciudad, habita desde el día 7 de Abril último una modestísima familia compuesta de un matrimonio con una hija de tierna edad y la madre de la esposa. El cabeza de familia es un empleado de Penales, que el citado día 7 de Abril tomó posesión de vigilante de la Cárcel Correccional de Murcia. Dicho empleado se llama D. Manuel Andreu. El sueldo que le está asignado, es más que insignificante, risible.

Pues bien, con estos antecedentes, apunten el siguiente interesante dato: Debe cobrar su modestísimo sueldo de la Diputación y del Ayuntamiento, por mitad.

Y añaden este otro: De los seis meses y días que lleva desempeñando en la Cárcel de Murcia dicho cargo, le deben la Diputación tres meses de sueldo y el Ayuntamiento... ¡los seis!

Ahora entramos en lo más culminante de la película. El espectador agárrese bien á la silla, porque el desenlace tira de espaldas.

D. Manuel Andreu, el humilde empleado, se encuentra en cama enfermo desde hace algún tiempo, y dice la ciencia que la enfermedad que padece tiene un nombre vulgar que pone los cabellos de punta. La enfermedad se llama hambre. Y añade la ciencia que para su curación no se conoce más que una medicina eficaz. La panacea es el alimento.

Ahora figuraos á un pobre empleado sin

un céntimo en su casa, forastero, sin parientes ni amigos que le puedan socorrer, acostado en una cama pereciendo de hambre. No es que su vida se vá naturalmente, es que se la llevan, es que se la roban violentamente la injusticia y la crueldad humanas. ¡Dios mío, que infamia! ¡Que crimen más grande! Y ¿es esta la sociedad organizada, el Estado constituido para los fines de la Humanidad? ¡Había para hacerse anarquista!

Al llegar á este punto del presente artículo, viene á colmar la medida de nuestra indignación, haciendo que explote la protesta en nuestro pecho y se desborden las lágrimas en nuestro corazón inundándonos los ojos, la siguiente carta que destila hiel:

«Sr. director de *Región de Levante*:

«Por caridad, lea usted lo que sigue y verá qué monstruosidad y qué infamia más grande. El vigilante de esta Cárcel, D. Manuel Andreu, fallece de hambre... ¡hoy se lo han administrado los últimos Sacramentos! ¡Esto es un crimen! Le deben seis meses de su pobre haber en la Diputación y el Ayuntamiento. Ha estado prestando servicio y sin comer cuarenta y ocho horas, cayendo en cama por tal causa el día 26 del mes pasado, y estuvo sin tomar alimentos hasta que la vecindad se apercibió y por caridad le asistieron y socorrieron en lo poquísimo que puede un vecindario tan pobre. Su mujer é hijos perecen también de hambre. A presenciarse este horrible cuadro mande usted un redactor de su periódico y verá la vergüenza más grande y el crimen más horrible que el Ayuntamiento y la Diputación van á cometer. ¡No hay justicia! Haga la caridad de publicar todo esto, ¡pues ya que él muera, que no ocurra lo mismo con su mujer é hijos...» (Firman varios vecinos de la calle de la Gloria.)

Bien por ese periódico, pero apunte este dato: el alcalde y el presidente de la Diputación de Murcia tienen cómplices en ese crimen: el inepto ministro de Gracia y Justicia, marqués de Figueroa, y el más inepto aún, pero más perjudicial director de Penales señor Rendueles, que han dejado pasar más de un año sin reunir ni siquiera una sola vez á la Comisión que había de trabajar por hacer efectiva la disposición adoptada en Cortes de incorporar á los Presupuestos generales del Estado el pago de haberes de los empleados del Cuerpo de Prisiones.

Pero ya me ocuparé de esto; hoy por hoy me limito á enviar la expresión de mi desdén más acentuado á los periodiquitos y revistas de individuos del Cuerpo de Penales que, en vez de interesarse por los infelices empleados que se morían de hambre, se dedicaban á combatir á Sañillas y adular al hombre más nulo que ha ocupado la Dirección del Cuerpo: á Rendueles.

MI PROTESTA

A los veteranos de Santa Coloma de Queralt.

Después de pasar la época del terror; después de nuestra cobardía amparada por el silencio; después que los sicarios del Vaticano han cometido sinnúmero de crímenes en Cataluña, surge la viril acusación de los pueblos europeos ante el sistema de represión que patrocinaron las hienas de la Defensa Social y los tigres de la Lliga antipatriótica. El fomentador de la anarquía, don Antonio Maura, se puso á las órdenes de los infames plutócratas barceloneses, y gracias á la manifestación internacional de lo más florido de la intelectualidad europea, pudimos arrojar del poder al gobernante más funesto que ha tenido España.

Vuelta España á la normalidad, poco á poco va descubriéndose hasta qué punto pudieron llegar los desmanes del jesuitismo. En el número 36 de *EL MOTIN* leo un artículo que firma Pedro Loperena, y que se titula *Por la cultura*. Se trata de mi pueblo, y me asocio presuroso á su defensa, á la defensa de las clases proletarias que componen la sociedad republicana obrera, y bajo cuyos auspicios se fundó hace años la escuela laica-racionalista. El gobernador civil de Tarragona llegó al extremo de clausurar la escuela donde se educaban los hijos de los veteranos de Santa Coloma de Queralt.

Hace poco más de un año tuve el honor de visitar la Escuela Laplace, y guardo vivo el recuerdo de la hermosa impresión que recibí, tanto al ver el conjunto como al examinar los detalles; todo hacía honor á los ilustrados profesores que siempre tuvo. En aquella época estaba al frente de las aulas el competente profesor, mi buen amigo, D. Salvador Vallés, y por sus explicaciones, pude persuadirme de lo provechoso que era para el pueblo el funcionamiento de aquella escuela, donde se enseñaban por los libros que ha enumerado el Sr. Loperena, libros que patentizan por sí solos la iniquidad que han cometido los clericales de Santa Coloma de Queralt.

Por esto, al leer esa infamia, no he podido sustraerme al deseo de tomar la pluma y unir mi protesta á la de todos los buenos contra los miserables asesinos de Ferrer y amparadores de tantos otros crímenes.

MANUEL ALBI

Valdepeñas 12-11-909.

Huelga de curas

Y yo pregunto: ¿qué va a hacer una digna beata, una bondadosa viejecita, que se ha pasado la existencia, casi desde que nació, de hociqueos con los curas y oyendo su misa diaria, y algunas veces dos, y que se encuentra de improviso con que la iglesia se ha cerrado, y en lo adelante no habrá misas, ni ceremonias religiosas, ni administración de Sacramentos?... ¿Qué pensará la viejecita, cumplidora fiel de sus deberes, que, con un pie en la sepultura y próxima a comparecer ante las barbas del Señor, ve que corre el peligro de morir como los animales, sin óleo ni latines, y—lo que acaso es más terrible—sin la confesión final, que es la que deja al pecador, para emprender el viaje, limpio como una patena? ¿Qué pensará la viejecita? Pensará, de seguro, que el caso es imposible, y que tan enorme iniquidad no cabe más que en el calete de algún audaz masón...

Pues esto que digo ocurre hoy en un pueblo cristiano. Ved el caso en dos líneas. Un obispo traslada su sede y sus archivos de una población a otra; en la villa que sufre ese despojo inesperado, la multitud, ardiendo en ira, apedrea al buen señor. En virtud de esto, el Padre Santo, ó, si queréis, Su Santidad, castiga con el interdicto por dos ó tres semanas á toda la diócesis, prohibiendo que se celebren misas, que se repiquen las campanas y que se administren sacramentos. Esta pena eclesiástica, que lleva el nombre de «Punitia», hacía muchas centurias que se aplicaba.

Claro es que tal suceso no ha ocurrido en España. Aquí, los católicos no apedrean jamás á los obispos... éstos son los que, en cambio, nos apedrean todos los días con cada pastoral... Aquí, aunque á veces poseamos algunos gobiernos incapaces de sacramentos—no el actual, lo proclamo, aunque sin hipoteca,—no privan de ellos á sus súbditos... No, no es aquí donde han pasado esas peregrinas cosas; es en Adria, la villa enclavada en el Véneto, y que dió nombre al mar Adriático, que bañaba sus costas. El golfo del Mediterráneo se fué alejando, poco á poco, de la histórica villa, y hoy dista de ella unos kilómetros. Adria, que fué rica y que aún posee vestigios del pasado, ha venido á menos... Y el bueno del prelado, como es lógico, se marchó con la sede hacia otro punto, donde, á lo que parece, hay más liras que en Adria...

En la narración de lo acaecido declaro honradamente que lo puramente psicológico es cosa del cronista. Los motivos que doy para explicar el acto del obispo marchándose con viento en popa y, tal vez, exclamando: «¡Ahí queda eso!», pueden no ser exactos. Lo único cierto es el castigo; esto es, la huelga de sotanas, impuesta por Roma. Y yo, ante este hecho, me pongo en el caso de la bondadosa viejecita de que hablé al empezar, y á quien despojan, de improviso, de su misa diaria, de su rosario en la iglesia y de sus sacramentos, tan sabrosos... y me pregunto, consternado: ¿Qué será de ella, si se muere sin recibir la extremaunción?

La pobre viejecita se indignará, por de contado, contra los barbarotes que han sido osados á apedrear á todo un obispo; mas, ¿no se indignará también contra la Potestad Suprema, que la suspende el culto? He aquí un señor cura que, siempre que pronuncia un buen sermón, se esfuerza en probar que, fuera del matrimonio religioso, existe solamente un vil concubinato, y que demuestra, Catecismo en mano, que, prescindiendo del bautismo y de la absolución, nos vemos condenados á las llamas eternas... Pues bien; este señor presbítero, al cumplir las órdenes del Papa, declarándose en huelga, ¿no teme condenar á los católicos á nupcias impuras ó imperfectas, ó tal vez á partir sin confesión hacia los dominios de Satán? Por castigar á una docena de lapidarios ruines, ¿comprometerá la salvación de las mujeres y los niños á quienes sermonea, y, por obedecer al Papa y seguirle el humor, someterá á las penas sin fin del otro mundo á multitud de almas piadosas?...

Tal vez, por fin de cuentas, esas almas piadosas lo tomarán á mal. A menos, sin embargo, que no ocurra que se acostumbren á la huelga. ¿Y si, por casualidad, llegasen á advertir que se puede ser muy buen cristiano sin órganos y sin «Oremus», y que basta, sin duda, para conquistar el cielo, con elevar el alma á Dios?... Cuando los católicos fervientes, reducidos á la oración mental, se persuaden de que el Omnipotente no há menester intermediarios, tomarán seguramente el hábito de pasarse sin ellos. Y en lo tocante á esos, á quienes llama un publicista «reservistas de Dios», esto es, los católicos de nombre, los que jamás «practicaban», esos acaso no desean, para justificar su abstencionismo, más que una huelga de esa clase.

Temo que este paro de los curas sea perjudicial para ellos mismos. A beatas muy serias he escuchado que la iglesia era el alma de una villa. Es la pura verdad. Pero se podría decir que es también el teatro. Las dos terceras partes de la población van á bucar allí, para sus días de fiesta, un espectáculo gratuito... Sé que algunas personas acuden por piedad. ¡Cuántas, por aburrimiento! La metafísica barata que se nos sirve desde el púlpito, entre los hipos y regüeldos del predicador, es tanto más in-

comprensible cuanto que se expresa casi siempre en un dudoso castellano, con alguna mezcla de latín, que no entendería ni Cicerón. Las viejecitas, que se asombran, se quedan en ayunas... ¿Intentan comprender acaso? Lo que les gusta del sermón es el ademán del orador y la música de las palabras. En cuanto á las jóvenes, casi todas concurren al Santo Sacrificio para estrenar una «toilette» que no pueden lucir en otra parte.

Si las iglesias se cerrasen, el público se resignaría, como se resignan muchos pueblos á no tener teatro. Hasta sería muy fácil el volver á abrir el coliseo con una nueva compañía. Si las iglesias se entregasen á los Centros obreros y á las Universidades populares, más numerosas cada día, á poco andar, seguramente se establecería la moda, para las muchachas lindas, de ir á ostentar allí su cuerpo, y para las pobres viejecitas, de ir á mecerse, ilusionadas por nuevas canciones... Los hijos del pueblo encontrarían para sus días de fiesta una excelente ocupación, y acaso estimarían que la lectura de una página de Emilio Castelar puede suplir cualquier sermón de un padre capuchino, y que unas notas exquisitas de música profana suenan mejor que los berriedos de los canónigos obesos...

En fin, yo creo que lo de Adria es un ensayo peligroso para el catolicismo. Me consuela el pensar que la «Punitia» no se impondrá en España; porque, si tal cosa sucediese, ¡qué pena y qué tribulación para la pobre viejecita que todas las mañanas, en la misa, me encomienda á Dios!...

ANTONIO CORTÓN

Testamento de un escéptico

¡Qué se le va á hacer! ¡hay que morirse! El mundo no experimentará una gran pérdida, y yo mismo estoy ya hastiado y disgustado de vivir; me parezco á esas personas que bostezan en medio del esplendor de un gran baile, y que no se van porque no ha venido su coche... ¿Ha llegado ya el coche?... Pues, ¡buenas noches!...

Repaso en mi memoria todo cuanto me ha ocurrido, y me obliga involuntariamente á preguntarme: ¿Para qué habré nacido yo? ¿A qué fin útil he dedicado mi vida? Y, sin embargo, yo estaba destinado para algo noble y elevado, porque siento en mí una fuerza extraordinaria. Pero no he cumplido esta misión, he sido víctima de las pasiones vanas é ingratas, y he salido de su horno duro y frío como el hierro. Pero he dejado extinguir para siempre la llama de los instintos nobles, ¡la flor de la vida! Y desde entonces, ¿cuántas veces no he hecho el oficio del hacha en las manos del destino? ¡Instrumento de castigo, he caído sobre la cabeza de las víctimas designadas, á menudo sin cólera, siempre sin compasión!

Mi amor no ha hecho la felicidad de nadie, porque nunca he sacrificado nada por los que amaba; no he amado más que para mí, para mi satisfacción personal. He cedido á una extraña necesidad del corazón. He apurado ávidamente la copa de las voluptuosidades y de los sufrimientos, y mis aspiraciones han permanecido insaciables. Hay quien se duerme agobiado por el hambre, y ve en sueños los manjares más sabrosos y los vinos más exquisitos; cree saciarse con aquellas riquezas imaginarias, y se siente consolado... La ilusión se desvanece. Se despierta con doble necesidad y con mayor desesperación.

Quizás es este mi último día y no habré dejado en el mundo á un solo ser que me comprenda. Los unos me creen más perverso de lo que soy; otros me creen mejor. Estos dirán de mí: era un buen muchacho; aquellos: era un hombre abominable... La verdad está entre estos dos extremos... La vida no merece que se sienta... y, sin embargo, se vive por curiosidad, en esperanza de algo desconocido. ¡Esto es á la vez risible y triste!

M. LERMONTOR

Alivio de desdichados

En Madrid, la ciudad católica por excelencia, la bella urbe del placer y el lujo, de la gloria y el amor, la gente se muere de hambre en la calle. Ni los templos, ni los hospitales, ni los Asilos alzados por la caridad oficial, ni los padrones de misericordia acortan el número de los que perecen de inanición. No hace muchos días fué un matrimonio quien halló la muerte en el hambre. Ayer, en turno riguroso de desdicha, fué recogido en el arroyo, en muy grave estado, un pobre hambriento. ¡Bienaventurados los que así perecen! Muertos de esta clase, pródigos en visiones tentadoras, en las que se satisfacen los mayores deseos de la gula, son siempre honestas y mercedisimas, si se las compara con aquellas otras que se singularizan por el estigma del crimen ó el vicio. La del hambre es una muerte de personas honradas, harto religiosa. Los mil

dentzuelos de la necesidad, clavándose implacables en las entrañas de estos penitentes de la vida, son la hermosa prueba cristiana de última hora, en aquel trance en que los labios se entreabren en suave oración ó se crispan en el dolor de una blasfemia. Hay que ser indulgentes para los sentimientos que toleran estos martirios.

El hambre es una necesidad muy católica. Desde el instante en que se hizo posible ganar el cielo ayunando, comiendo raíces sazonadas con ceniza como los padres del yermo, y el horror á los manjares fué el medio más seguro de alcanzar la gracia, no debe enojarse nadie porque en una ciudad católica caigan personas en las calles heridas de muerte por la terrible necesidad. El hambre es algo sagrado. En las historias de nuestras santas y santos milagrosos pueden leerse muy bellas cosas acerca de las crueldades y mortificaciones de las abstinencias rigurosas. La poética palidez de nuestras hermosas vírgenes y lo enjuto de nuestros santos venerables, pruebas son harto visibles de lo pareos que eran en su yantar. En sus visiones tentadoras, en sus delirios místicos, en sus arrobos espirituales, la debilidad del estómago, más que la convicción, más que la fe misma, fué la gran fuerza creadora del misterio de lo desconocido y lo que hizo sensibles los gozos del Paraíso. Al hambre le debemos los católicos las páginas más lindas de amables revelaciones, las esperanzas más risueñas.

Muy religiosa, de origen cristiano, poetizada por los padres del catolicismo, el hambre es una de las huellas más visibles de las creencias en los países latinos. Usada por el terrible Jehová, á manera de decreto divino para reducir á la obediencia á los rebeldes, para mostrar su poder á aquellos que lo negaban ó no lo reconocían, es algo tan piadoso, tan bellamente religioso como las hambres de San Antonio, San Macario, San Simeón y San Pacomio, allá en las soledades arenosas de la Tebaida, ante la visión de inacabables banquetes donde la gula puso los manjares más deleitosos al paladar, y el deseo inventó las viandas y los condimentos y las salsas más raras y peregrinas. La muerte de un profano no puede deshacer la áurea leyenda que se alza sobre el hambre, crisol de todas las santidades. Lo lamentable, lo que todos debemos lamentar, es que los infelices que mueren de inanición no sean lo bastante sabios para hacer productiva la desoladora necesidad, de modo que nazca un santo del cuerpo de aquel que pereció de hambre, y deba alzarse un altar en aquel punto de la calle donde cayó un hambriento, tal vez con una maldición entre los labios apretados de dolor.

GUSTAVO

Benditas entre todas las mujeres...

Pablo, muy niño, se quedó sin madre. Su padre... su padre se había muerto antes de venir él al mundo, porque nunca lo conoció. Su madre solía contestarle cuando Pablo preguntaba, con la curiosidad de muchacho y con un misterioso anhelo que provocaba ansiosamente sus preguntas:

—Vendrá un día, un día; está muy lejos...
—Un día, un día! ¡Y el día no llegaba nunca! Mamá se quedaba muy triste y lloraba, con lágrimas que abrasaban su rostro de niño, lleno ya de arrugas.

Los compañeros, con crueldad de fiera, las solían preguntarle también, riéndose y avergonzándole, en su misma cara:

—¿Cómo te llamas?
—Pablo.
—¡Pablo, Pablo! ¿Y qué más, melón?
—Pablo... Manzano.
—¡Manzano!... ¡Ja, ja!... ¡Manzano!... ¿Cómo se llama tu madre?
—Oliva... Manzano.
—¿Y el apellido de tu nombre, el nombre de tu padre?
—No sé, no me acuerdo... ¡Dejarme en paz!...

—¡No se acuerda! ¡Ja, ja, no se acuerda!
Y Pablo, avergonzado, huía, despedido por la jauría de risas, abriéndose paso tímidamente con su frase de siempre:

—Dejarme, dejarme.
Al morir su madre, lo recogió una tía, cuarentona, gorda, fea y bizca, unida con un agente de la Policía secreta, borracho y salvaje. El matrimonio le proporcionaba más palizas que carinos y más coscorrones que pedazos de pan. Su tía, sobre todo, á quien se le habían contagiado las aficiones alcohólicas del desdichado doncel de medalla, estaba y rostro patibulario, se dedicaba con demasiada frecuencia al aguardiente, para terminar atizándole, sin el menor motivo, insultando á su propia familia, á ella misma, á su hermana y á su padre, al padre que no acababa de llegar...

—¡Perro!... ¡Vago, bruto! Debiera llenarte la boca tu madre. O si no, tu padre. ¡Eso dan los señoritos truhanes y «perdis»: zán-ganos como tú! Pa que los mantengan los probes. ¡Que te mantenga el Verbol...
Y los cachetes y los trompazos llovían y se desataban en nube recia, que llegaba hasta el tuétano y conmovía el cuerpecito del pobre Pablo.

Un día, machacado por fenomenal paliza, lloraba en mitad de la calle. Las gentes pasaban, indiferentes, á su lado. Si alguna ve-

na reparaba en él era para mortificarle más, desgarrándole el alma entera.

—¡Miren el escandaloso y qué feo se pone! ¡Es igual que su padre! Si le viese no le negaría. ¡Y eso que bien gordas las hizo aquel pellejo, para dudar hasta de la luz que nos alumbra!

Seguía llorando, cuando le llamaron cariñosamente desde una ventana. ¡Santo Cristo, qué terror le entró! ¿Quién sería la perdida? ¿Para qué lo querían á él? ¡Vaya una casa! ¡Los demonios habitaban en ella!

Ya que no los demonios precisamente, cosa parecida. Por lo menos, no era casa para él, que era un pobre y un chiquillo; el más desdichado chiquillo de la tierra. La casa era para señores de alto copete, que entraban recatándose en la sombra del muro de la calleja, con el cuello del gabán subido ó echadas las alas del sombrero sobre los ojos. La casa, llena de alegría, donde sonaba la guitarra y estallaban los cantos á todas las horas, no era para su tristeza y para sus dolores. ¿Cómo iba á subir él á la habitación donde estaba la señorita que le chistaba envuelta en sedas y gasas, la señorita que le llamaba para burlarse de él?

Y al mirarse, veía mayores sus desgarrones y más sucios sus harapos, y al tratar de ponerse en pie para huir, advertía que la suela de sus botas era precisamente la planta de sus pies.

¿Cómo iban á recibir sus harapos el insulto de las sedas, á pisar sus botas sobre las alfombras sin caerse de cabeza, y á mirarse sus ojos, empapados en lágrimas, en los espejos que copiaban alegrías, bellas mujeres desuadas, dinero? ¿No; no! No haría caso. Mala casa era aquella, y él se acordaba que los demás chicos venían á insultar la maldad de las «señoritas», que eran de «mala conducta», como decían las mujeres del barrio.

Sin embargo, una tristeza inmensa, confundida con sin igual piedad, le recorría entero. Era cuando se detenía á pensar que todos los que insultaban á estas mujeres insultaban á su madre; ¡á su madre, muerta ya la pobre! Eran los muchachos atrevidos y malos: Rafael, el «Cotorra», el «Chene» Paquito... en fin, los que le preguntaban por su apellido para molestarle, los mismos que todas las tardes, al salir de la Escuela, pasaban en pandilla gritando ante las puertas de la casa maldita el estribillo que tenía acentos de cornetín de órdenes:

...son
las que están en la ventana,
...son
las que están en el balcón.

Al cantar seguía una descarga cerrada á pedrada limpia, mientras los revoltosos se alejaban al trote por la calleja, sin parar hasta la plazuela de Santo Domingo, excepto las veces que tropezaban con algún señor borracho, á quien ponían nuevo el sombrero de copa si se aventuraba á aportar por los peligrosos lugares con tan llamativa y estirada prenda como terminación, remate ó cúpula de su persona.

En estas reflexiones estaba cuando la señorita perdida, alhajada y envuelta en sedas lo recogió cariñosamente de la calle y ¡lo besó!

Lo besó, sí, y sintió una gran emoción por todo su cuerpo, igual, igual que cuando le besaba su madre.

Y Pablo creció sin otros besos que los de aquella perdida, que lo mimaba y le hacía regalos de bombones y de besos todas las tardes.

Y Pablo creció sin más caricias que las de la perdida y sin más fatigas que los del mundo bueno, moral y honrado.

Y Pablo el desgraciado, el hijo de «mala madre», despreciado por todos, escupido por el insulto y el desden de todos, que había perdido la costumbre de rezar, borrada de los labios la oración y trocada por la blasfemia, tenía á veces en los labios retazos de sus plegarias... Era cuando pasaba entre las gentes una perdida, odiada, maldecida, insultada por todos cuando le obsesionaban las oraciones, que, rotas y dislocadas, florecían en sus labios humedecidos en las hielos del mundo:

—Bendita tú eres entre todas las mujeres...

A. MUÑOZ DE DIEGO

Oviedo.

Escuela con Dios

I

Salón elegantísimo. La marquesa de San Pol sentada ante el piano destroza un vals Boston. Es rubia, algo gruesa, rostro ajado, aunque bastante atractiva todavía. Son las tres de la tarde. Entra una doncella.

—Señora...

—¿Qué pasa?

—Me parece que he visto pararse á la puerta el coche de la señora de Verdier. ¿Recebe la señora?

—A Purita, siempre, ¡no faltaba más! Me parece que ha sonado el timbre. Anda, y conducéla aquí por la galería.

Entra la señora de Verdier, morena, alta, delgada, ojos de fuego, sonrisa picaresca y voz melosa.

La marquesa sale á su encuentro: se besan.

—Pero, hija, dónde te metes? Hace más de quince días que no te he visto por ninguna parte. Ni estuviste el primer viernes

en San José, ni fuiste á la junta de los Talleres Josefinos, ni asististe á la comunión preparadora de las Calatravas. Pregunté al padre Salmón por tí, y ¡nadá! tampoco te habías visto. Como sabes lo gracioso que es, me dijo: «Marquesa, los liberales están en el poder, y Purita es oportunista...» Me hizo una gracia...

—¡Ay, amiga mía; no sabes el trajín que he tenido estos días! Me había propuesto realizar una cosa, y no he parado hasta conseguirla. Por eso no me has visto en ninguna parte, ni en nuestras obras piadosas habituales, aunque piadosa y muy santa es la obra que yo he llevado á cabo. Cuando lo sepa el padre Salmón me felicitará.

—Me tienes en ascuas; cuenta... Pero antes de todo, ¿quieres una taza de té?...

—Es pronto todavía; gracias.

—Pues soy toda oídos, Purita.

—Bueno. Ya sabes que Verdier ha sido siempre opuesto á los colegios, de los que tenía una idea disparatada y un concepto bastante deplorable... Cosas que le metió en la cabeza su tío el senador, que sabes era carne y uña de Sagasta... Sobre todo, á los colegios dirigidos por religiosos no los podía tragar...

—¿Qué manías! Pues tú y yo nos hemos educado con monjas, y creo que no somos ningunas perdidas.

—¡Tonterías de los hombres! Y además algo de pose liberal; porque Verdier es bueno en el fondo, y al final, reconoce lo que es justo y razonable. En fin, abreviando: ya sabes que me hizo tomar una institutriz alemana para Tinita y un profesor inglés para Conrado. Dos personas muy buenas, muy instruidas, muy amables, pero al fin dos herejes de tomo y lomo, porque ella es luterana y él metodista, ó anabaptista, ó qué sé yo. ¡Lo que yo he sufrido! Por supuesto que á todas mis relaciones les decía que eran católicos; ellos lo oían y callaban, por conservar el sueldo, porque esa gente es así; pero la cara se me encendía de vergüenza al ver que todas mis amigas llevaban sus hijos al Sagrado Corazón ó á los Padres. ¡Lo que yo he sufrido con este par de profesores en casa! Yo, que soy tan amante de nuestra santa religión; y luego las pullas del padre Salmón y los escrúpulos de mi confesor...

—Y que las personas católicas no debemos proteger á los herejes... Además, Dios sabe lo que esas gentes habrán sido en su tierra. Porque no te fíes de informes; la Valtierra tuvo una *miss* que luego se supo había estado de pupila en cierta casa de Amberes. ¡Así salió la discipula! Figúrate qué cosas le enseñaría.

—Sí, hija, sí; es lo que yo he dicho siempre: donde no hay religión católica no hay nada bueno. Pero Verdier se hacía el sordo y... Ahora la gran noticia: Ninita está en las Ursulinas y Gonzalo en Bilbao con los Padres.

—Me dejas atónita. ¿Cómo te has arreglado para que Verdier...?

—Muy sencillo. Ya sabes que Moret le tenía prometido hace mucho tiempo agregarle á una embajada; precisamente el ministro de Estado actual era muy amigo de Verdier, y como sabía sus deseos le ha agregado á nuestra embajada en el Vaticano. Lo supe yo, y dije esta es la mía; fui á ver á la ministra, que ya me conocía, y urdimos el complot. O los niños á un colegio católico ó no hay tal agregación. ¡Qué dirían Merry y Su Santidad al tratar con diplomáticos que educan á sus hijos por herejes! El mismo ministro indicó la cosa á Verdier y cedió. Y aquí me tienes más contenta que unas pascuas, y he explicado mi eclipse. ¿Qué te parece?

—Que eres una santa y una madre modelo. ¿De modo que ahora estás solita?

—Sí, Verdier salió para Roma el sábado, y los niños hacen diez días que están cada uno en su colegio. ¡Si vieras la cara que pusieron los herejes cuando les dí los pasaportes!

—De modo que ahora no tendrás necesidad de andar con tapadillos para recibir á Luisito...

—Por Dios, calla. ¡Si nos oyeran!...

II

Gabinete de la señora de Verdier. Ha pasado un año. La dama se pasea agitada, lee unos papeles, se sienta, se levanta, hace gestos de indignación. En una habitación contigua se oye el charloteo de dos jovencillos. Anochece. Un criado anuncia á la marquesa de San Pol.

—Que pase en seguida; pero antes diga usted á los señoritos que vayan al comedor y me esperen allí. ¡Llevó usted las cartas?

—Sí, señora.

—Está bien. Conduzca usted á la marquesa.

Entra la marquesa. Se abrazan con efusión. Purita se emociona, y sin darse cuenta se lleva el pañuelo á los ojos.

—Hija, me asustas. ¿Qué pasa?

—Nada, tonterías; estaba leyendo un cuento de Maupassant, y como soy así, tan nerviosa, me ha impresionado...

—No te creo; tú me ocultas algo. Acaso Luis...

—No, no se trata de él.

—Sabes que soy una amiga leal; ábreme tu pecho.

—Se trata de mis hijos: estoy indignada. ¡Hipócritas! ¡Cenallas!

—Me asustas con ese lenguaje... Pero, ¿los

tienes en casa? Me parece que oigo la risa de Ninita.

—Sí; ahí están los dos. No volverán más al colegio.

—Pero, ¿estás loca? ¿Qué dirán sus profesores? ¿Y tú tan católica?

—Que digan lo que quieran; de eso se aprovechan, de nuestra timidez, de nuestro miedo al escándalo, de nuestro catolicismo... No, yo no paso por eso; seré todo lo mala que quieras, pero mis hijos antes que todo.

—Vaya, no te comprendo.

—Vas á comprenderme en seguida. Leerás cartas que Ninita llevaba escondidas dentro de un escapulario; son de la Hermana Flores, su profesora de Historia.

La marquesa lee en voz baja; su cara se pone encendida como la escarlata, después pálida. Frunce las cejas, hace un gesto de asco con sus labios y devuelve á la Verdier las cartas sin terminirlas.

—Hija, esto es asqueroso y repugnante. ¿Y para esto hacen voto de castidad estas gentes? Desde luego debes alejar á Ninita de este contagio. ¡Qué vergüenza! ¿Qué porquería! Guárdalas para que las vea tu esposo.

—Pues todavía hay más. El otro día pasaba yo por el jardín, donde tenemos la cochera, y veo que Antonio, el cochero, sale detrás de mi hijo corriendo y le da un latigazo.

—¿Quién es usted para faltar de este modo al señorito?—exclamé asombrada.—¿Qué ha pasado aquí?

—El se lo dirá á usted—respondióme el cochero con aire insolente. Y se metió en la cuadra murmurando: «Estos que se educan con los frailes creen que todos tenemos los mismos vicios.» Comprendí de lo que se trataba, y callé avergonzada y confusa. ¿Me entiendes?

—¡Demasiado! ¿Sabes lo que te digo? que vuelvas á llamar á la luterana y al metodista, que serán todo lo herejes que quieras, pero al fin son hombres y mujeres, como Dios manda.

—Es lo que yo había pensado. La escuela con Dios no me resulta. Quiero que mis hijos no estén en oposición con la naturaleza. —Que quizás sea el verdadero Dios—añadió la marquesa sonriendo.

FRAY GERUNDIO

¿Sorbetes...?

La Inquisición ha sido, á través de los tiempos, el *espantajo* con que los liberales, los *librepensadores* y los demás hijos de Lucifer amedrentan los débiles cerebros del vulgo anónimo.

Es de todo punto inadmisibles que en el adelantado siglo XX aún se hable de los horrores, de las torturas, de ese *conspicuo y justo* tribunal, que con tanto *demedio y bazarra* apagó la luz de la civilización...

Para hacer estallar la castaña en la boca de todos los *maldicientes*, y principalmente de los *herejes rojos*, ahí va un ejemplo histórico, verídico é irrefutable que *hará salir los colores á los severos rostros de los ateos* y pondrá en los candorosos labios de sus reverencias una sonrisa angelical.

«En 16 de Febrero de 1568, por sentencia del santo tribunal de la Inquisición, ratificada por el rey de España, fueron condenados á muerte como heréticos todos los habitantes de los Países Bajos; esto es, ¡tres millones de hombres!...

Como se ve, el *santo tribunal* tuvo la alta mira y el fin filantrópico ó altruista siguiente: *Extinguir algunos millones de hombres, gastrónomos de la humanidad, que con sus excesos de gula amenazaban al orbe papal con la flagelación del hambre...*

Cierta dama aristocrática, considerándose infecunda, rogó al superior de un convento que toda la comunidad religiosa recitase diariamente tres *Avemarias*, en honor de la Virgen, madre de los hombres, para que pudiera tener un hijo que fuese el consuelo de su marido.

Los religiosos enviaban todos los días al cielo sus rezos; mas á pesar de sus esfuerzos místicos y de la buena voluntad de dicha señora, auxiliada por el fluído celestial, el fruto deseado no se conseguía.

Un fraile de los más robustos, cansado de enviar al cielo tantas *Avemarias*, le dijo al prior: «Convénzase, vuestra paternidad, que enviando sólo *Avemarias*, el resultado siempre será nulo; mande, vuestra reverencia, un solo *Padremestro*... y ya verá como la señora tiene un aristócrata pimpollo.»

(La Patria Portuguesa.)

Cantaclaro en el Vaticano

Cuando en su casa de la calle del Sacramento agonizaba el nunca bien llorado don Manuel Becerra, todo Madrid clerical se puso en movimiento para salvar el alma del eminente político liberal, y un tiempo Gran Oriente de la Masonería española, del rito escocés antiguo y aceptado, circunstancias tanto propicias para considerar canónicamente aquel espíritu, buena presa de Satanás y cercano al inquilinato de los profundos infiernos.

Se hicieron hasta rogativas á Santa Rita,

abogada de los imposibles; se mandaron misas á San Expedito y al niño Jesús de Praga, y la beatería andante, el misticismo clásico y el monjío trasnochado agotaron todas las jaculatorias del repertorio; los curas ofrecieron el santo sacrificio por la conversión de los pecadores, y las Hijas de María celebraron una comunión general por el alma de Manolo Becerra.

El enfermo no se reconciliaba, sin embargo, con la Iglesia; se moría á chorros y se condenaba por instantes. Dios hacía oídos de mercader, los santos estaban sordos, la angustia clerical era horrible; eso de dejar escapar á Becerra sin confesión después de haber conseguido que Romero Ortiz recibiera los últimos unctiones, era para desesperarse.

El marqués de Comillas tuvo un rasgo de caridad heroica y ofreció un millón de pesetas de la subvención de la Trasatlántica para el feliz mortal que lograra hacer abjurar á don Manuel de *sus errores* y recibir los Santos Sacramentos.

Amigos íntimos, masones de altos grados, personajes políticos de altura, el obispo de Madrid Sr. Cos y Macho, damas linajudas, todo el mundo del Real, del Hipódromo y de los estrenos clásicos, se puso en movimiento tras la salvación del alma de Becerra y del millón de Comillas. Y nada. D. Manuel no se convertía.

Por fin se apeló como último recurso á su íntimo é inseparable Sagasta, y no movido, ciertamente del interés, sino obligado por altísimos compromisos, haciéndose gran violencia, se acercó D. Práxedes al lecho del moribundo, y le dijo:

—Vamos, Manolo, no seas terco; todo Madrid está interesado en que recibas los sacramentos, y aunque sólo sea porque tus funerales hagan época, estamos en ello interesados todos los amigos. Ya sabemos que todo eso de la religión es mentira; nosotros en este mundo hemos mentido mucho; miente una vez más, Manolo, y deja que te den los sacramentos.

—Por eso—dijo Becerra—porque estoy harto de mentir, no me da la gana de recibir ningún sacramento; sigue tu mintiendo, si quieres, ya que te quedas, que yo que me voy no lo necesito.

En efecto: D. Manuel Becerra rechazó todo auxilio espiritual, y sus restos mortales descansan en el cementerio civil.

En Roma acaba de fallecer un individuo de la familia pontificia, un allegado y devoto del Papa, de esos que figuran á la vanguardia de las mesnadas católicas; el caballero Luis Pretesi, camarero de honor supernumerario, de capa y espada, un noble pontificio romano, imitando á nuestro gran Becerra, tal vez superándole, ya por su calidad y significación eclesiástica, ya por sus disposiciones testamentarias.

La Prensa, casi siempre mal informada en asuntos de Iglesia, ha hecho cardenal al caballero Pretesi ó cuando menos obispo; nada de eso; Pretesi era un simple ciudadano que se pasó la vida pavoneándose en las solemnidades de San Pedro con capa magna y su espada de Bernardo.

Todo el mundo sabía que Becerra llevaba dentro al masón, al librepensador, al condenado; pero cómo sospechar que todo un caballero de capa y espada, de la familiaridad de Pío X ocultara bajo aquella un súbdito de Pedro Botero?

Pues bien; el Sr. Luis Pretesi, de cuya piedad religiosa se hacían lenguas los devotos romanos, y de cuya fortuna estaban en auge muchas comunidades religiosas y apostólicos varones, ha hecho testamento instituyendo heredera de sus bienes á la asociación laica Giordano Bruno, y legando 5.000 liras al primer sacerdote que ahorque los hábitos y recobre legalmente todos sus perdidos derechos de hombre.

El Sr. Pretesi habría dicho al Papa lo mismo que Becerra á Sagasta:

«Mira, Pepe; bastante hemos mentido en este mundo; sigue mintiendo si te conviene, tú que te quedas; que yo que me voy, ya no lo necesito.»

Indudablemente el bravo Pretesi pertenecía á mi familia; por eso he titulado este artículo: «Cantaclaro en el Vaticano».

CANTACLARO

De la moral católica

Ahora que con la adaptación hecha por Villegas ha recobrado su actualidad *La Celestina*, pláceme traerla á cuento para divulgar el juicio que merecían á nuestros clásicos aquellos religiosos de los pasados siglos, considerados aún por timoratos é hipócritas como espejos de las buenas costumbres, modelos de virtud y castidad.

Mucho bueno y pertinente á este propósito pudiera espigarse en el campo de la literatura clásica. Pero voy á ceñirme al caso este de *La Celestina*, que es ejemplar y se refiere al siglo XV, centuria de mucha fe, morigerada en extremo, y precisamente á la época ilustrada por los Reyes Católicos, cuando funcionaba la Inquisición á la esplendorosa luz de sus hogueras.

En la Celestina (personaje) encarnó Rojas, ó quien fuere, todos los vicios marrulleros y sórdidos propios de lo que en lenguaje culto llamamos *tercería*. Y el autor del libro precitado no fué de los que inven-

tan ni exageran el fondo y los pormenores de sus obras. Fué un escritor realista ó naturalista, como decimos hoy.

Admiremos, pues, la exactitud de la pintura.

Encareciendo sus buenos oficios y el provecho que de ellos sacaba la vieja pupilera (creo transparentarme, para el buen entendimiento de mis lectores; no quiero sonrojarme á ningún *luis*). Dice á Sempronio, que, por ella, de criado pasó á ruñán:

«Pues servidores, ¿no tenía por causa de ellas (de las mozas)? ¿Caballeros viejos, mozos, abades, de todas dignidades, desde obispos hasta sacristanes? En entrando por la iglesia veía derrocar bonetes en mi honor, como si yo fuera una duquesa; el que menos había de negociar conmigo por más ruñ se tenía. De media legua que me vieses, dejaban las horas; uno á uno, dos á dos, venían adonde yo estaba, á ver si mandaba algo, y á preguntarme cada uno por la suya.»

«En viéndome entrar, se turbaban todos, que no hacían ni decían cosa á derechas. Unos me llamaban señora, otros tía, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se *concertaban sus venidas á mi casa*, allí las idas á la suya, allí se me ofrecían dineros, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por me tener más contenta.»

Todo esto se hacía entonces en las iglesias: citarse para la mancebía, pactar el precio, adular y besar á la mediadora. No me atrevo á suponer que se llegase á tanto en las Calatravas y otros templos más lindos.

Admirábase el mozo oyente, como nuevo que era en lides «amorosas», de tan grandes escándalos:

«Espantados nos tienes con tales cosas como nos cuentas desa religiosa gente y benditas coronas. Sé que no serían todos.»

«No, hijo (responde la Celestina); ni Dios lo mande que yo tal cosa levante; que muchos viejos devotos (*de la reserva*) había con quien yo poco medraba, y aunque no me podían ver; pero creo que de envidia de los otros que me hablaban.»

«Como la clerecía era grande, había de todo: unos muy castos, otros que tienen cargo de mantener á las de mi oficio, y aun todavía creo que no faltan. Y enviaban sus escuderos y sus mozos á que me acompañasen; y apenas era llegada á mi casa, cuando entraban por mi puerta muchos pollos y gallinas, ansarones, perdices, tórtolas, pernils de tocino, tortas de trigo, lechones; cada cual como lo rescibía de aquellos *diezmos de Dios*, así lo venían luego á registrar, para que comiese yo y aquellas sus devotas.»

Enumera después otros muchos regalos consistentes en vinos de diversas clases y procedencias, y concluye así esta lección crítico-religiosa:

«Pues otros curas sin renta: no era ofrecido el bodigo, cuando en besando el feligrés la estola, era del primer voleo en mi casa.»

Pobres y ricos, religiosos todos, andaban á la greña por alcanzar los favores que podía facilitarles la Celestina. El mundo no ha variado en esto; las mismas causas rigen á los clérigos en sus relaciones con la genésica y la moral; los mismos impedimentos canónicos les imposibilitan en público para satisfacer ciertas necesidades fisiológicas. El agua no corre por fuera; mas el cieno se extiende en lo oculto.

No quiero poner comentarios á lo transcrito; no me permitirían los fiscales del siglo XX lo que la Inquisición autorizó en el XV. Y ello es tan claro, tan irónico, tan pícaro, que parece escrito adrede para El Motín.

BENIGNO PALLOL

Advertencia administrativa

Al renovar ahora la suscripción, no deben los suscriptores pagar los dos meses que ha estado suspendido el periódico. Por lo tanto, entiendan que se les empezará á contar el año, el semestre ó el trimestre que abonen, desde primero de Diciembre.

A todos los que han pagado ya se les ha hecho ese abono, incluso á los que, al enviar el importe, decían que no se les descontaran esos dos meses. Esto no quita para quedarles muy agradecidos.

Los que á fin de este mes de Noviembre no hayan renovado la suscripción, entenderemos que se dan de baja, á menos que nos manifiesten que desean continuar.

SECCIÓN AMENA

PREDÍQUEME, PADRE

—¿No oye usted, señor cura? ¿No oye usted cómo vocan las castañeras: cuántas, calentitas?

—Y ¿qué quieres decir con eso, mujer? —Que ya se acerca el invierno. Las castañeras anuncian el invierno como las golondrinas el verano.

—Chica, ¡qué poética estás! Milagro será que toda esa inspiración no resulte en contra de mi bolsillo. Siempre que te metes en dibujos poéticos es para pedirme algo. ¿Qué tenemos con que hayan venido las castañeras? ¿Qué quieres? ¿Que te compre castañas?

—No, señor. Es que necesito una toquilla, y el mantón que tengo está ya bastante pasado y deslucido, pidiendo á voces que le reemplacen por otro. ¡Si viera usted qué baratos y qué elegantes los hay en la calle de Toledo! Por veinte duros venden unos alfombrados de ocho puntas, que...

—Muchas puntas y mucho dinero me parecen. Acostúmbrate á huir del lujo y los adornos excesivos, que tan mal sientan en una mujer cristiana y peor en una sirvienta de sacerdote. El lujo en las mujeres, no sólo fué siempre la perdición de ellas, sino de los hombres que pusieron sus miras en las hembras acañaladas. Oye lo que dice sobre este punto el sagrado libro *Eclesiastes* aconsejando á los hombres en su capítulo 9, versículo 8.

—Déjeme usted á mí de libroles.

—Pues les recomienda, hija mía, que aparten sus ojos de la mujer compuesta y que no miren en rededor del adorno ajeno, porque son muchos los que se han perdido por el adorno de la mujer. Eso dice *El Eclesiástico*.

—Siempre sería ese eclesiástico otro cura tan tacaño como usted.

—¡Calla, blasfema! ¿Qué estás diciendo? ¡Si es un libro santo inspirado por Dios! Para mayor confirmación de mi aserto, escucha lo que dice San Pablo á las mujeres: que usen trajes honestos, que se adornen con modestia y sobriedad, que no encrespen sus cabellos (eso va contigo, que siempre llevas la frente llena de arrumacos), que no gasten lujosos vestidos, sino que lleven los que corresponden á mujeres que profesan la piedad cristiana.

—Usted siempre encuentra en sus libros disculpas para no desprenderse ni de una peseta. Cuando le pido á usted dinero para ir al pueblo á ver á mi familia, me salta usted con que ningún apóstol costeaba viajes á sus sirvientas. (¡Tampoco harían otras cosas que usted hace!) Ahora que necesito ropa de invierno, también encuentra usted

pretexto para no comprármela. ¿Pues sabe usted lo que le digo? Que usted se queda con sus libroles y yo cojo el baul, monto en la tartana de mi pueblo, y andandito.

—Pero, mujer. ¡Si no lo hago por tacañería, sino porque quiero tu santificación!...

—Valiente maula está usted. Lo dicho. Ahora voy á buscar un mozo de cuerda, arreglo el cofre, y...

—Detente, alma pecadora, que te obstinas en condenarte por cuatro miserables trapos; los tendrás; te comprarás mantón, toquilla y todo lo que quieras. Ya que mis paternales advertencias, las santas máximas de la Biblia y los consejos de los apóstoles no te convencer, yo me lavo las manos (y con tanto dolor de mi corazón tendré que gastarme el sueldo de este mes).

No hay textos bíblicos que salven á un capellán de á tres pesetas cuando su consorte se empeña en salirse con la suya.

G. L.

EL INCENDIO

«¡Favor! ¡Socorro!», gritaba en medio de la agonía, un infeliz que veía que su casa se quemaba.

Puesto en medio de la calle sus voces al viento dió, y al cabo solo se halló como en un desierto valle.

Viendo, pues, que no acudía á socorrerle ninguno, fué despertando uno á uno los vecinos que tenía.

Suplicó, pero fué en vano, ninguno se levantaba, y en tanto el fuego avanzaba más destructor é inhumano.

Llegó al vecino primero y socorro demandó; pero éste le contestó con ademán altanero:

—¡Viene usted á incomodarme á deshora, señor mío!

¿No ve que hace mucho frío y no quiero levantarme?

—¡Que mi casa se me quemal, á otro vecino decía,

que indigesto respondía:

—¡Me gusta, por Dios, la flema!

Idos, que me causáis tedio;

¿con que vuestro hogar se abrasa?

Cuando se quema una casa,

apagarla es buen remedio.

Fué al tercero, que inhumano

su aguda pena insultó.

A otros vecinos llamó,

mas también los llamó en vano.

Porque cada cual decía:

—¿Yo, por qué me he de mover?

Nada tengo que temer

si no se quema la mía.

Mas luego, arrojando el viento, la llama voraz creció, y á otras casas se extendió para buscar su alimento.

Lleno de asombro y sin tino, viendo el peligro inminente, acude muy diligente éste y el otro vecino.

Con arrogancia altanera el fuego intentan cortar, cuando ya todo el lugar presa de las llamas era.

Todos entonces á porfía sus esfuerzos redoblaron, pero apagar no lograron la llama voraz é impía.

Pues en tan duros azares, del viento á impulsos corriendo fué en cenizas convirtiendo aquellos tristes hogares.

Del pueblo es obligación, si se veja á un ciudadano, reprimir con fuerte mano la insolente vejación.

Que si en necia confianza deja que se extienda el mal, la misma suerte fatal luego á todo el pueblo alcanza.

X.

Propuesta ingeniosa

Fué una devota á confesarse, y después de enumerar sus pecados, la preguntó el confesor:

—Hija mía, ¿tiene usted dolor de corazón?

—No, padre—contestó la penitente.

—Pues es preciso—respondió el padre,—que vaya usted al altar de la Virgen y con fervor le pida la dé dolor de corazón. Si no, no la absuelvo.

La buena mujer acudió con sus oraciones á María Santísima y al poco rato volvió al confesonario.

—¿Tiene usted dolor de corazón?

—No, padre; por más que lo he pedido...

—Entonces no la absuelvo.

—¡Ay, padre, no tengo dolor de corazón, pero si le es á usted igual dolor de vientre!...

Ciertos feligreses fueron á ver á su párroco y le pidieron que dijera unos rezos propios para atraer la lluvia.

—Haré todo lo que sea de vuestro agrado—les dijo;—pero se me antoja que el Señor no atenderá vuestras súplicas hasta que deje de soplar el viento Norte.

Se confesaba un usurero.

—Hermano—dijole el sacerdote,—hay que pedir perdón á Dios.

—¿De qué?

—De haber prestado al 9 por 100.

—¡Bah! El 9, visto desde arriba, hace el efecto de un 6.

Una señora que acaba de confesarse vuelve á la media hora al confesonario.

—¿Cómo, hija mía! ¿Otra vez?

—Me dijo usted que volviera cuando tuviera un mal pensamiento.

—¿Y qué?

—Nada, padre; que acabo de ver á mi marido.

Una coqueta fué á confesarse.

—Acúsome, padre—dijo—de que todos los días me pinto la cara.

—¿Y para qué hace usted eso, hija mía?

—Para parecer más hermosa.

El cura abrió los ojos desmesuradamente, miróla con atención, y viendo que era una criatura excesivamente fea, le dijo con la mayor ingenuidad:

—Pues continúe, continúe, porque aún le falta mucho para conseguir lo que desea.

Explicaba un reverendo, el pasaje del Evangelio referente á la estúpida multiplicación de los panes y de los peces, y por equivocación dijo:

—Allí Cristo nuestro Señor, con cinco mil panes y cinco mil peces, dió de comer á cinco personas.

Diga usted, padre—preguntó un oyente cuando bajó del púlpito—pero ¿es verdad que cinco personas se comieron todo eso?

—Rigurosamente exacto—respondió el cura por no confesar el lapsus.

—¿Y no reventaron, señor cura?

—No, hijo, y ahí está precisamente el milagro.

Un viticultor bastante despreocupado sorprende al cura del pueblo cortando un racimo en una de sus viñas.

—Padre—le dice:—«El décimo no codiciar los bienes ajenos.»

—Precisamente para cumplir el precepto—responde el padre con gravedad,—no los codicio, sino que me los apropio.

Salir del paso

Un cura de aldea, tan ignorante como obeso, se había aprendido de memoria el sermón que tenía que predicar en un pueblo inmediato; pero tenía que predicar en el suyo y no sabía otro que el del día anterior.

¿Qué hacer en trance tan apurado? Subió al púlpito, y dijo:

«Hermanos míos: hay en esta parroquia gente tan malévol, que hasta ha llegado á decir que mi sermón de ayer contenía herejías. Esto es una calumnia, hermanos míos; y para probarlo, suplico que me prestéis toda vuestra atención, pues voy á predicarlo nuevamente.»

Y repitió de cabo á rabo, palabra por palabra, el único sermón almacenado en su memoria.

(FOLLETÓN 32.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR OFFENBACH

en la misma noche al ministro de la Guerra.

«Impidiendo enemigo se apodere boca», dice en la mañana del 2 al comandante general.

«Si se apodera enemigo boca, está perdida» (la escuadra), dice también el día 2 al ministro de la Guerra.

¡La boca! ¡La boca! Pues si cabalmente eso era lo menos malo que podía suceder á los españoles; que los americanos, si habían de insistir en tomar la plaza, se apoderasen de la dichosa boca estando dentro del puerto la escuadra; porque ésta, nunca había de estar así más perdida ni peor perdida que saliendo. Y el almirante Cervera, al decir lo de que «también pueden venir dificultades etc.», lo decía comparando la situación que crearía el hecho con la de la actualidad ó momento en que telegrafiaba, pero jamás se le había pasado por la mente la idea de que el remedio de esas dificultades pudiese ser el ir á hacerse destruir fuera del puerto, dando al enemigo una victoria más segura y fácil que permaneciendo dentro, donde, en último caso, hasta se podía destruir los buques si veía ó temía que fuesen á caer en poder del enemigo.

El caso fué, en fin, que el almirante Cervera, después de haber telegrafiado al ministro de Marina lo que el gran

chambelán de Cuba le mandaba hacer, y haber recibido del ministro contestación duramente confirmativa de la orden dada, se hizo á la mar á las nueve y media de la mañana del 3 de Julio, con su escuadra, compuesta de seis buques, cuatro cruceros y dos contratorpederos, de ninguno de los cuales quedaba á eso de la una más que pavesas.

Curiosísimo incidente. Hallándose los buques americanos salvando y haciendo prisionera á la gente que había quedado viva de la destruida escuadra, observan y se transmiten unos á otros la señal que uno de los suyos, situado muy al Este, acababa de hacer de «¡buque de guerra español á la vista!» Gran emoción y aun sobresalto en toda la línea. ¿Sería la vanguardia de algún inesperado refuerzo que les llegaba á los españoles, y que, no por tardío, dejaría de dar que hacer?

Por otra parte, algunos de los prisioneros, que se enteraron de lo que ocurría, se alarmaron y apenaron mucho, pues veían la triste suerte que había de caberle al buque aislado, que no podía ser vanguardia de nada sino alguna unidad desperdigada y suelta que la desdicha llevaba por allí en aquel momento.

Pronto, sin embargo, se resolvieron dudas y ansiedades, porque fué rectificada la señal diciéndose que el buque de que se trataba era austriaco, cuya bandera efectivamente (roja y blanca) se confunde mucho en la mar con la española.

Americanos y españoles se tranquilizaron, y aun algunos de éstos se esperanzaron; porque, como habían confiado tanto en el apoyo de Austria, hubo entre ellos quien llegó á sospechar si el buque aparecido sería realmente una vanguar-

dia, la de la escuadra de aquel imperio, que llegaba á punto, ya que no de salvar, de vengar á la española.

¡Vanas ilusiones! ¡Desengaño tremendo! ¡Aquel buque, que casualmente se llamaba también *María Teresa*, como la capitana de Cervera (sólo que ésta lo llevaba por ser el de una infanta, hermana del rey de España, y el otro por ser el de la famosa emperatriz), puso, efectivamente, la proa á los americanos... mas no para atacarlos, sino para pedirles cortesmente permiso para entrar en el puerto! Es de suponer que ahora ya quedarían convencidos de una vez los españoles de que nada tenían que agradecer ni que esperar de Austria.

A todo esto, bueno será que el lector, para que se explique bien cómo pueden suceder ciertas cosas en España, tenga conocimiento de una de las más curiosas prácticas de aquella curiosa monarquía, como es la de que, lo primero que hacen los señores del reino cuando algún pueblo extraño les declara ó hace la guerra, es declarársela ó hacérsela ellos al propio, al que sujetan y someten, privando á los ciudadanos de todos los derechos, inalienables ó no, incluso el de vivir, si se resisten.

Esto así, una vez aniquiladas las dos escuadras que había en las Colonias, el gobierno americano vino en socorro de los señores del reino, haciendo ó dejando creer, mejor dicho, anunciando que iba á enviar contra las mismas costas de España una gran escuadra, llamada la de «Watson», nombre éste del almirante que había de mandarla, y cuya existencia real, tanto la del almirante como la de la escuadra, no parece que sea cosa bien

averiguada. De todos modos, lo que puede asegurarse es que los americanos no habrían hecho jamás majadería tan notoria como la de despachar á través del Atlántico y á las costas de Europa una fuerza naval que no podía traerles en ningún concepto más que dificultades, y quizás algún descalabro. Pero el anuncio sirvió perfectamente á los señores del reino para hacer creer al pueblo que, si la guerra seguía, los Estados Unidos iban á barrer á España de la superficie del globo; y á fin de que el pueblo no estuviese en la engañosa creencia de que los barcos que quedaban pudieran servir de algo, el diminuto ministro de Marina se apresuró á hacer saber que él estaba dispuesto á combatir á los americanos en «una tabla»; y por último se solicitó y obtuvo del gobierno francés el favor de intervenir, por medio de su ministro en Washington, para dar término á la guerra.

Las bases del arreglo ya eran conocidas; ya las hemos indicado: abandono por parte de España de todo su imperio colonial. No hubo, pues, que hacer más que redactar las tremendas condiciones de modo que el pueblo y, sobre todo, el ejército, no se enterasen bien de ellas. A este propósito empleóse la palabra inglesa «control», aplicada al papel que en la futura muerte de las Filipinas tocaría á los americanos, y que se dió á los españoles traducida como si quisiese decir nada más que «intervención»; con lo cual se disfrazaba la pérdida del importantísimo archipiélago, hasta que unos meses después, cuando se tratara de ese punto al concertar definitivamente la paz, los señores del reino, haciéndose los sorprendidos, se viesen obligados á pasar

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

Presentanse los facciosos en un caserío cerca de Ayete, y porque los dueños no les dan 4.000 reales, administran 50 palos á uno de los mozos, dejándole casi inerte.

Los carlistas de la partida de *Ochavo* dan 25 palos á una mujer porque iba á vender hortalizas á San Sebastián.

AÑO DE 1875

ENERO

Tres mil hombres al mando de Tristany Miret y otros cabecillas asaltan por tres puntos distintos las tapias de Granollers, derramándose por la población y entregándose á la violación, al saqueo, el incendio y el asesinato, estimulados por sus jefes, que dieron una muestra insigne de cobardía prevaleciendo, para ordenar actos de vandalismo que sonrojan, de la circunstancia de haberse replegado las fuerzas liberales á la iglesia y el cuartel, que constituían un solo fuerte, después de una lucha desventajosísima de uno contra cincuenta.

Para incendiar el fuerte de la iglesia, lo rociaron con petróleo. En la estación del ferrocarril incendiaron las salas de espera.

Excitada con la borrachera la ferocidad de los carlistas, los pacíficos moradores se ven robados á un tiempo en sus intereses, en su vida y en su honra.

Una de las víctimas de aquella manada de lobos rabiosos fué un pobre relojero, carlista plátonico, á quien robaron cuanto tenía. Corrió á quejarse á Castells, creyendo que en él encontraría protección, pero el miserable, no sólo no le atendió, sino que ordenó á los que capitaneaba que le matasen inmediatamente, y el infeliz fué rematado á bayonetazos en medio de la carretera.

Otra de las víctimas fue la estanquera del pueblo: tras de ser robada, tuvo que sufrir el cruel martirio, que sólo una madre puede apreciar, de ver cómo aquella turba de sátiros violaba á una hija suya de diez y seis años de edad, la cual en vano pedía compasión.

Granollers fué teatro de las más asquerosas y horribles escenas, tan asquerosas y horribles, que algunas de ellas se resisten la pluma á describirlas. Nada respetaron, ni al viejo ni á la mujer ni al niño. Hartos de sangre y cargados con el producto de su pillaje, abandonaron aquel desgraciado pueblo para continuar en otro sus criminales fechorías, realizadas en nombre de Dios y de la religión.

Al marchar se llevaron preso al Ayuntamiento y á algunas señoras, ya que la proximidad de las fuerzas del ejército no les permitió consumir hasta lo último su bárbara obra de destrucción y despojo.

Atacan á Mataró á principios del año 75 Morera y Aymamyr, por orden de Saballs, y al cabo de cuatro horas se retiran, no sin dejar rastros y memoria de su crueldad.

Habiéndose resistido los voluntarios que custodiaban la torre de Sagimont á entregarse, por no fiar en la promesa de respetarles la vida, y habiéndose abierto paso aquellos valientes á la bayoneta, los facciosos se vengaron degollando á dos voluntarios que se retrasaron en salir. No hicieron más porque no les dejaron.

En inteligencia con algunos carlistas de Santiago de Irún, se introducen los facciosos en una casa próxima á la iglesia y se llevan á un cabo de la guarnición, el cual apareció al día siguiente asesinado en la estación del ferrocarril.

En Lodosa asesinaron por la espalda á un individuo de la Junta gubernativa de Navarra y á un infeliz que andaba componiendo paraguas, por suponerlos espías y afectos á la causa liberal.

Una numerosa facción saquea completamente el pueblo de Alcublas, fusilando á ocho jóvenes de 18 á 20 años por haberse resistido á ingresar en las filas carlistas.

El cabecilla *Cabrera* asesina á sablazos en los Collados del Villar á otro vecino de Alcublas.

Varios carlistas fusilan á un infeliz vecino de Llerena que se dirigía á Falset en busca de un documento para acreditar sus derechos civiles.

El cabecilla Neu de Prades se apodera en el pueblo de la Selva de un liberal que estaba enfermo, lo saca á las afueras y lo fusila. El ídem Alcate asesina en la Peña á dos infelices que se habían pasado á sus filas.

Fusilan los carlistas al telegrafista de la estación de Morés, que fué conducido al suplicio acompañado de sus tiernos hijos, sin que las lágrimas y súplicas de éstos y de su esposa pudieran conmovier el duro corazón de sus asesinos. Durante la ejecución, cuatro de aquellas fieras penetraron en la estancia de la esposa de la víctima, y poniendo debajo de la cama una cantidad de petróleo, la incendiaron.

Asesinan á bayonetazos en el término de Onda á tres soldados que se habían extrañado, vengándose así de haber sido arrojados de Bechí por las tropas.

FEBRERO

Hallándose en Tuejar el cabecilla Villalain, no encontró un día de su gusto la comida que le servían sus dos asistentes, y levantándose de la mesa les dió una paliza brutal que les obligó á huir de su lado.

Cogidos después en Huéllamo fueron fusilados, llegando Villalain hasta amenazar de muerte al Consejo de guerra si no los sentenciaba á la última pena.

Es arrancado de su casa y asesinado un vecino de Masotén (Lérida), por suponerle espía.

Son fusilados muchos de los soldados prisioneros en la acción de Lodosa al ser condenados á Estella.

Porque una infeliz anciana de Maella se permitió poner en duda las noticias sobre triunfos de los carlistas, fué detenida, ultrajada, empujada y paseada así por las calles, llevándose preso á su marido, que como ella, pasaba de los 60 años.

MARZO

Invitado por ellos, se acercó á hablar á los carlistas un cabo del regimiento de Castilla durante una tregua, desarmado y bajo promesa de que no le harían nada; y apenas lo tuvieron entre ellos, lo asesinaron.

De igual modo fueron hechos prisioneros otros dos, que probablemente correrían la misma suerte.

Entran en Viver y en Jérica, exigen tres trimestres de contribución, saquean las casas de algunos liberales emigrados, roban ropas, bueyes, cerdos y cuantas caballerías hallan, maltratan á los vecinos y se llevan á muchos hombres y mujeres para exigir después grandes sumas por su rescate.

Son asesinados por la espalda y cosidos á puñaladas dos infelices jornaleros, padre é hijo, vecinos de Poboleda, que se habían acurrucado en un ribazo para evitar las balas de los carlistas.

De tres rehenes que los carlistas se llevaron de Puebla de Moger, fusilaron á uno y apalearon brutalmente á los otros dos.

ABRIL

En Monte Esquinza un grupo faccioso pide á tres oficiales del ejército un periódico para leerlo, dándoles palabra de honor de no disparar; fiados en ella los oficiales se acercan para complacerles, recibiendo en el acto una descarga que mata á uno de ellos.

Sorprenden dos carlistas á caballo cerca de Tafalla á un soldado del provincial de Avila que salió acompañado á su vieja patrona á recoger leña, y lo acaban á tiros y sablazos.

Apalean á una pobre anciana de Usurbil, la cual fallece á consecuencia de aquella brutalidad. De otra semejante es víctima un vecino del mismo pueblo, por el horrendo crimen de no haber abandonado la población al entrar en ella las fuerzas del ejército.

Entran los carlistas en Gestalgar, saquean las casas y se apoderan hasta de las alhajas que llevaban puestas las mujeres.

El coronel Díaz Parreño y los oficiales y sargentos hechos prisioneros en la acción de Bañolas, fueron, según informe del capitán general de Cataluña, vilmente asesinados por los carlistas al salir de las casas en que

se hallaban en los pueblos de Cornelló y Palot de Rebadit. Dos capitanes fueron horriblemente martirizados.

MAYO

Entran en la noche del 4 en Caríñena las facciones reunidas de Gamundi, Boet, Vallés y Madrazo, hacen prisionero al comandante militar, matan á un alférez de caballería y á su asistente, que se hallaban acostados, á un movilizado, á un dependiente del Ayuntamiento y al administrador de Correos, mutilándolo horriblemente.

Para intimidar á los prisioneros que en calidad de rehenes habían sacado de Arbós, los carlistas fusilan á presencia de ellos á un pobre labriego llamado Calaf.

JUNIO

En Molins de Rey se excedieron á sí mismos los carlistas. Hubo allí escenas de las que hacen encender de vergüenza el rostro considerando que los autores se llaman españoles. El saqueo y el incendio estuvieron en su pleno dominio, y á la rojiza luz de algunas casas que ardían, aquellos canallas, sedientos de botín, se entregaron al más espantoso pillaje, atropellándolo todo.

«El vecindario (habla un testigo presencial) estaba aparentemente tranquilo, pues los cabecillas habían dicho en alta voz que no abrigaban animosidad alguna contra los habitantes, y que sólo querían rendir el desatamiento.

Menguada palabra la de tales bandidos. No bien á las siete de la mañana fueron dueños de toda la población, se desparramaron por las calles, abrieron á hachazos las puertas de las casas que permanecían cerradas y empezó un verdadero saqueo y el incendio de algunos edificios. Allí donde no encontraban objetos de valor de fácil traslación, lo rompían todo, cebándose de una manera salvaje en la destrucción de muebles. Puñal en mano amenazaban con hundirlo en el pecho de indefensos ancianos si no les entregaban el dinero que tuviesen, y estos infelices, viendo el brazo asesino pronto á descargar sobre ellos, corrían á buscar quién una onza, quién seis, quién cuatro duros, fruto tal vez de una época de ahorros, y los entregaban á los carlistas que, empujándose y porfiando por ser los primeros, volaban á despojar á otras familias.

Aquí sorprenden á una joven que les abre las puertas sin recelo, y vese brutalmente atropellada por una turba después de saquear la casa; la infeliz los ve desaparecer al mismo tiempo que otro grupo asalta la casa por detrás; y no queriendo sufrir nuevos atropellos, fuera de sí, se arroja á un pozo y queda cadáver; allí encuentran una casa que han abandonado sus dueños huyendo de la furia de aquellos caribes, y después de destrozarlo todo, desparraman por el suelo el vino y el aceite que encuentran en la bodega; más allá pegan fuego al café del Centro liberal, y pronto una inmensa hoguera consume la casa; penetran en otro café, en el de las Columnas, y no dejan un vaso ni un mueble intacto.

Les parece que el Palau, casa de hermosa apariencia, ha de proporcionarles botín, y derriban la puerta, hacen astillas las cómodas, rompen hermosas consolas que adornan las salas, rasgan los cortinajes, hacen añicos toda la vajilla y pegan fuego al piso bajo, corrompiéndose todo el edificio. La morada del cura párroco, persona muy apreciada de todo el mundo por sus virtudes, excita su codicia; le roban cuanto les viene á mano, no perdonan muebles, libros ni vestidos, y llevados de verdadero furor, le arrebatan los vasos sagrados, cálices, copón, incensarios, que el buen sacerdote había trasladado á su casa; van á apoderarse de la custodia, y un terremoto que en aquel momento se deja percibir les parece que va á abrir la tierra, y desisten de su empeño. Pobres y ricos, desde el modesto artesano al acaudalado propietario, pagan tributo á la sed de pillaje que los devora.

«Que recuerdos no dejaron!», escribió en el aniversario 22 un periódico de la localidad. «¿Quién puede olvidar aquella inicua hoguera encendida en mitad del templo sagrado de Dios, hecha con costales untados de petróleo, que los facciosos alimentaban con los bancos, sillas y cuantos ornamentos caían en sus manos, sólo por asfixiar á los que en el interior, indefensos, se ocultaban á la barbarie de aquella infame caza?»

Uno de los bravos defensores de Puigcerdá, que estaba aquí de guarnición, al ver á aquellas hordas apoderadas de la parroquia, temiendo ser asesinado por la canalla, se tiró del campanario, prefiriendo aquella muerte á la que sin duda le esperaba.

JULIO

Once batallones carlistas al mando de Alvarez, Adelantado y Navarrete, sucios, asquerosos y sin dinero entran en Moyá (Bar-

celona) y cometen toda clase de desmanes, robando en las casas donde se alojan, insultando á todo el mundo, y asesinando á un patrón porque no tenía el dinero que le pidieron. Con estas facciones iban muchos curas. Se llevaron 2.000 duros del Ayuntamiento.

El médico D. Leoncio Rocés quedó, después de la retirada de las fuerzas del ejército en la acción de Camporrobles, prestando sus servicios á los heridos. Al ver llegar á una fuerza carlista de las que tomaron parte en la acción, agitó en la mano un pañuelo blanco pidiendo respeto para los que curaba.

La respuesta fué una descarga que dejó mortalmente herido al heroico médico, quien pudo ver entre las angustias de su agonía el horrible cuadro que presentaba el rematamiento de aquellos desgraciados.

Estaba en el pueblo de Maldá con su esposa el jefe de los voluntarios. El cabecilla Baró, después de dar orden de que «despacharan al negro», se avista con su mujer y le pide 6.000 reales para librar á su esposo de la muerte. La infeliz puede reunirlos y se los entrega. Al día siguiente lo fusiló en Verdú.

Detienen en un coche cerca de Alcañiz en que iba enfermo á un teniente del ejército acompañado de sus hijas, y delante de ellas lo fusilan.

Asesinan á un pobre viejo en Hospitalet. Idem á un carabinero en Santa Bárbara.

Varios carlistas se presentan en un caserío del distrito de Loyola, y por no entregarles el dueño lo que le piden, 3.000 reales, le emprenden á bayonetazos con él, dejándole en muy mal estado. Su mujer, que empezó á gritar al ver aquella barbarie, sufre también bastantes culatazos, la fractura de un hueso y un balazo en una mano.

Un sargento prisionero en la acción de la Junquera fué despojado de 200 duros que llevaba para la Compañía, le desnudaron haciéndole objeto de chacota y escarnio, y lo remataron de una descarga.

Es expuesta á la vergüenza, después de cortarle el pelo, una pobre mujer de Baracaldo, por haber consentido que uno de sus hijos llevara una carta familiar á un individuo de las avanzadas de Bilbao. Al marido le dieron 100 palos.

Es asesinado en el término de Chert el asistente de uno de los ayudantes del general Montenegro. También un cochero en el camino de las Arenas.

Ordenan y llevan á cabo la total expulsión de las familias de los liberales de todos los pueblos que ocupan, sin darles apenas tiempo para recoger lo preciso. Al salir de las poblaciones los desterrados, sufren las descargas de aquellos bárbaros.

AGOSTO

En un caserío titulado Bostedo, jurisdicción de Valmaseda, asesinan á un anciano porque no les entregó el dinero que le piden.

SEPTIEMBRE

El alcalde de Monistrol de Calders, persona muy honrada y querida en toda la comarca, fué preso por el cabecilla Gamundi, así como el pregonero y un vecino, llevándoselos á Moyá. Toda la población en masa intercedió cerca del cabecilla; los carlistas más influyentes le pidieron clemencia para el desgraciado alcalde; todo inútil: fué asesinado á bayonetazos, y el pregonero y el vecino fusilados un poco más allá.

Apalean en Astigarraga á una muchacha, sobrina de un sacerdote liberal, por haber ido á visitar á éste á uno de los pueblos ocupados por el ejército.

Maltratan hasta dejarlo por muerto á un joven labrador de un caserío cercano á Aspe, y después á tres jóvenes campesinas, cortándoles el pelo y cometiendo otros excesos, por haberlas visto hablar con los soldados del ejército liberal.

En Selva (Tarragona) una partida roba 2.500 duros y se lleva en rehenes 40 personas. Asesinan á cuatro mujeres que iban con víveres á Bilbao.

DICIEMBRE

Detienen en la línea de Orcuyen á un aldeano que llevaba una buena partida de cerdos y una carga de huevos; le quitan todo, y lo asesinan á palos.

(Continuad.)

Imprenta de D. Blauco, Libertad, 81